

TE REGALO MI  
CORAZÓN



*Alma*  
FERNÁNDEZ

TE REGALO MI  
CORAZÓN

*Alma*  
FERNÁNDEZ

©Te regalo mi corazón

©Alma Fernández

Enero, 2021

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1



—Ya lo estás mirando otra vez, Débora, después dices que no, pero es que se te cae la babita con el forastero.

—Vaya tela, Pili, lo dices como si fuera un indio sioux, que el muchacho solo es de Texas.

—Ea, y lo dices así, “solo” como si en realidad fuera de Triana. Pues tú misma, pero que te digo yo que se te está notando y, como Mateo diga eso de “que te veo”, no vas a tener hospital para correr, te vas a encontrar con la boda anulada.

—Anda y cállate ya, Pili, que eres más exagerada que el cine. ¿No tienes otra cosa que hacer que estar a mi lado dándome la vara?

—Yo siempre estoy a tu vera, a la verita tuya, como dice la canción, guapa, ¿o es que alguna vez has tenido una mejor amiga que yo?

—Tendría que pensarlo, ahora mismo no caigo. —Me la gané y ella no tardó en darme con el portafolios que tenía entre sus brazos en plena cocorota.

El buen rollo que imperaba entre nosotras era conocido en todo el hospital. Pili y yo estábamos allí desde que aprobamos el MIR y obtuvimos plaza en nuestra especialidad; la traumatología.

Dicho así parece una cosa de lo más normalita, pero nuestro día a día transcurría entre miembros partidos y hasta cabezas abiertas, como si de una nuez se tratase. En ese entorno, había que echarle humor y eso se nos daba de fábula.

La tierra en la que vivíamos, Jaén, también ayudaba lo suyo porque no hay un solo rincón de Andalucía que no esté regado de alegría a borbotones, y las tierras jiennenses no constituían una excepción, ni mucho menos.

El hospital en el que trabajábamos era para nosotras nuestra segunda casa, dadas las muchas horas que pasábamos allí, entre turnos y guardias que, a nuestros veintiocho añitos, estábamos como quien dice “empezando a vivir” y todo el dinerito extra que caía en nuestras manos nos parecía poco.

En él había conocido también a Mateo, un pediatra cuatro años mayor que yo con el que iba a contraer matrimonio el siguiente verano, por lo que estábamos a seis meses del gran día.

Mateo era el prototipo de hombre que siempre me había gustado, uno de esos que tienen las ideas claras y que, cuando quieren a una mujer, no dudan en ir directos a por ella. Esa fue su táctica para conquistarme y no puede decirse que le fuera mal, ya que en unos meses nos hicimos inseparables y un tiempo después ya teníamos un pie casi en el altar.

Mi amor hacia él no era óbice para que una, que también tiene ojitos en la cara, le echara un vistacito de vez en cuando al bombón aquel que nos habían enviado sin caja ni nada por el estilo, desde Texas, semanas atrás.

John, que así se llamaba el vaquero en cuestión, no solo era una monería, con aquel pelo dorado y sus ojazos azules enmarcados en un rostro siempre risueño, sino que además tenía un

piquito de oro con el que se había metido en el bolsillo a todo el personal femenino. E incluso a parte del masculino, como Iván, un enfermero gay que se quedaba hipnotizado ante él.

Cuando nos lo trajeron, dudamos un poco de si tendría algún hueso entero, tras el brutal accidente de tráfico que acababa de sufrir y que había dejado su coche como un acordeón. Vale que he exagerado un poquito, pero sí que tenía fracturas para parar un tren.

Ahora ya estaba a punto de obtener el alta, por lo que en breve perderíamos de vista al que constituía la principal atracción del hospital, dado que la mayoría de sus fracturas habían sanado y ya parecía tenerlo todo en su sitio.

Si graciosa resultaba su cara peluseando con unas enfermeras y con otras, más divertido era escucharle hablar en su perfecto castellano, eso sí, con un acento americano que tiraba para atrás.

Por lo que nos había contado, su madre era española y desde su más tierna infancia él aprendió ambos idiomas, pero claro, su acento era el que era y eso le hacía todavía más interesante.

Vi avanzar hacia a él a Melisa, la auxiliar de clínica más pamplinosa del mundo mundial, que se las daba de artista, y sentí una cierta rabia. Un poquillo sí que me estaba pasando yo de la raya, puesto que no era ella la que tenía novio, sino yo. Otra cosa era que yo no pudiera ni verla.

Lo mismo no es que tuviera nada que ver con John, sino solamente que me daba coraje su afán de protagonismo. O lo mismo sí que lo tenía y, aunque yo quisiera negarlo, en mi fuero interno el vaquero me hacía un poco de tilín.

¿Podía ser eso? Esperaba que no, porque yo estaba enamorada de Mateo y punto pelota. Claro está que con él no me reía como lo hacía con John, pero sin duda era el hombre de mi vida y la persona que se partía la cara porque yo estuviera siempre *happy*, pero *happy* de verdad...

—¿Dónde está la enfermera más sexy del globo? —me pregunto Mateo al llegar a mi altura y yo aparté todo tipo de pensamiento ajeno a nosotros, sobre todo aquellos que me pudieran dar algo de remordimientos.

—Aquí, exhausta y cansada, pero ¿a que no lo parece?

—Claro que no lo parece, yo te veo preciosísima como siempre, mi niña.

—¿Qué haces por este ala? Lo tuyo es estar con los mocosos, ¿o me equivoco?

—Yo no lo hubiera dicho mejor, pero estaba deseando verte y decirte que te invito a comer a la salida, ¿lo ves bien?

—Lo veo estupendo, pichoncito mío. Eso sí, hoy toca comida basura y no me repliques, que estoy de tus verduras hasta donde yo te dije.

Mateo y yo vivíamos juntos desde hacía unos meses y, aunque nos llevábamos fenomenal, la dieta estricta que él seguía me iba a encanijar a marchas forzadas. En la vida había conocido yo a nadie que se cuidara más, lo que incluía que no perdonara unas maratónicas sesiones de gimnasio que hacían que luciera un cuerpazo de esos de quitar el hipo, que tampoco pasaba desapercibido entre el personal femenino que nos rodeaba.

Pili a menudo solía bromear al respecto.

—Pues no sé qué le ves ni al uno ni al otro, porque a mí es que no me entran por el ojo ninguno de los dos.

—Y si te entraran sería la bomba, que para eso eres lesbiana, bonita.

Siempre la misma cantinela que nos hacía reír. Pili mantenía una relación con Camila, una enfermera mejicana de armas tomar por la que ella bebía los vientos. Claro está que mi amiga tampoco era una hermanita de la caridad, de modo que de vez en cuando formaban entre las dos unos fandangos que duraban días... Eso sí, luego se les pasaba y tan campantes, aunque por medio se hubieran puesto la una a la otra las maletas en la calle y discutido sobre cuál de las dos era la

que tenía que irse a tomar vientos de allí.

Despedí a Mateo y me acerqué a la cama de John, aprovechando que ya Melisa se había esfumado.

—Dicen que te vas mañana, ¿no es así?

—¿Cómo qué dicen? Pero si eres tú la que tienes que darme en alta, ¿no?

—En alta no, se dice darte el alta, pero sí, eso parece, de modo que igual me lo pienso.

—Yo tampoco estoy seguro de querer irme, la verdad, aquí me habéis atendido como en ninguna parte y esto parece un repertorio de modelos, ¿dónde mejor que en este lugar?

No era broma, nos iba a dar pena que se fuera. John había sido un paciente muy especial porque, además de la gravedad del estado en el que ingresó, sufrió amnesia durante unas cuantas semanas, de modo que supimos de su vida poco más que lo que indicaban sus documentos de identidad.

Poco a poco fue recordando, para lo que también fue providencial la llegada de su hermana Sara, quien le ayudó con fotografías y un millar de relatos a recomponer su olvidadiza cabecita.

Cuando Sara volvió a partir rumbo a su tierra, él ya tenía bien claro quién era y cuál había sido su vida, aunque no logramos sacarle ni media palabra de cuál era el motivo de su viaje a España.

Pili y yo suponíamos que, dado que nos contó que era aventurero hasta la saciedad, probablemente habría sido su deseo de conocer nuestro país (que vio nacer a su madre) el que le habría traído hasta aquí, donde alquiló un coche con el que se pegó la gran papa de su vida una lluviosa noche.

—Tú dirás lo que quieras, pero los vaqueros le dan mucho al *drinking* y a mí no me extraña que el muchachito estuviera pasado y más que pasado de copas la noche que ingresó, y seguro que fue por el mero placer de empinar el codo—especulaba mi amiga a menudo.

—Pues yo no sé qué decirte, es verdad que la tasa de alcoholemia a punto estuvo de reventarla, pero yo no creo que uno se ponga a beber así sin más hasta tener alcohol en vez de sangre en las venas.

—Eso lo dices tú porque no conoces a mi tío Valentín, ese desayuna todos los días con un vaso entero de aguardiente, que lo sepa, listilla...

—No jodas, ¿pero un vaso lleno?

—Lleno y de esos de tubo. Mira que de niña yo pensaba que era agua, de modo que una mañana le eché mano al vaso en un despiste suyo y, cuando me quise dar cuenta, el gaznate me ardía como si me hubieran prendido fuego. Y a renglón seguido me caí y pensaban que estaba muerta, hasta que alguien me abrió la boca y se percató de que borrachuza era poco...

—Ay, que me parto, Pili, así que tú has sido viciosilla desde la cuna...

—Muy graciosa, déjate de cachondeo, que no probé una cerveza hasta los veinte años, del asquito que le cogí al asunto.

—Ah, eso lo explica todo, y ahora tienes que recuperar el tiempo perdido...

Yo no tenía más guasa porque no entrenaba. Mi amiga no es que bebiera tanto ni mucho menos, solo en ocasiones en las que podía pillarse una buena melopea como cualquiera. En realidad, la rarita del grupo era yo, que no bebía nada, pero es que a mí el alcohol no me llamaba. Mateo tampoco es que fuera especialmente bebedor ni trasnochador, por lo que íbamos al compás.

—Sí, pues cuando seas tú la que tengas que recuperarlo vas a tener el acumulado como en los premios de la lotería, que te vas a haber perdido medio siglo, qué sosita eres, hija de mi vida...

Volviendo al tema de John, que me he dispersado mucho, le di la razón en que en ningún lado le iban a mimar como lo habíamos hecho nosotras. Incluso Melisa le había dejado allí una

caricatura, como si fuera el típico modelo de una marca de cigarrillos, en cuyo pie indicaba que era el niño bonito de la clínica.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Te vuelves a tu tierra o te quedas para venir a visitarnos una temporadita?

—Me quedo, me quedo, llevaba solo un día en Jaén cuando me di la torta en el coche, no me ha dado tiempo a ver nada.

—Pues, si te apetece, podrías llamarme una tarde y nos tomamos un café. No es por nada, pero soy una buena cicerone.

Lo dije sin pensar demasiado y después eché un poco el freno, ya que no sabía si aquello le iba a hacer demasiada gracia a Mateo y yo no quería gresca. Poniendo las cosas en su sitio; mi novio no es que fuera un neandertal ni mucho menos, pero una chispilla celoso sí que se manifestaba a veces.

Eso no quería decir que yo no tuviera mis amigos, que hasta ahí podría llegar la broma, pero que quedara de buenas a primeras con alguien que había sido un paciente lo mismo le hacía ya menos gracia. Y sobre todo con uno que sabía que era blanco de una impresionante cantidad de miradas.

—Claro que te llamaré y, además, te contaré un secreto; todas os habéis portado fenomenal conmigo, pero tú eres mi favorita.

—¿Yo soy tu favorita? ¿Y eso a santo de qué?

—No te entiendo muy bien, ya sabes que algunas hechas frases como que no las pillo.

—Ah, ya, algunas frases hechas, quieres decir. Bueno, que te preguntaba que por qué.

—Porque tú tienes un duende de esos, como dice Pili.

—Un duende, no, se refiere a “duende”, pero ¿tú sabes lo que es eso?

—Sí, un duende muy bonito dentro, eso es lo que tú tienes.

Por Dios que sus palabras me encendieron como a una bombilla. Resultaba que el de Texas era un cobista de cuidado y yo iba a tener que poner un poco pie en pared si no quería que aquello se me fuera de las manos.

Pensándolo bien, tampoco sería tan complicado, con decirle que me había pillado más liada que la pata de un romano cuando me llamara, asunto concluido.



## Capítulo 2



Durante el almuerzo con Mateo recordé lo de “un duende” y debía sonreír de una manera boba. Quizá no estuviera bien, pero a mí me gustaba que me regalaran el oído como a cualquiera, o todavía más.

—¿Te he dicho ya que tengo un congreso la semana que viene? —me preguntó como haciéndose el despistado.

—No me fastidies, no me habías dicho nada, y lo sabes. Como siempre, lo has dejado para el último momento.

—Será probablemente porque sé que te sienta fatal cada vez que tengo que ausentarme de casa y no quiero darte un disgusto de antemano.

—Sí que me sienta mal, sí, que sabes que no puedo dormir cuando no estás...

—Ey, ey, tranquila, que solo serán tres días, Deby, eso pasa en nada.

—¿Y no me vas a echar de menos?

—No te pongas a la defensiva, sabes que te voy a echar de menos un montón, no seas boba.

—Pues no lo parece.

—No empieces, por lo que más quieras, que te conozco.

Yo era un poco así, me refiero a demandante de atención. Cuando Mateo no estaba conmigo, me encantaba que viniera a buscarme o que me enviase continuos wasaps. Y cuando estaba conmigo, que me recordara constantemente que yo era lo primero y principal para él, o de lo contrario ya estaba de uñas.

No, no es que en nuestro caso llegase la sangre al río como sucedía con Pili y Camila, pero he de reconocer que también tenía yo lo mío y lo de prima.

—No, es que a veces me da la sensación de que ya no estás tan por mí como antes y me pongo un poco...

—Un poco insegura, y yo te he dicho aproximadamente unas mil millones de veces que no tienes ningún motivo para estarlo, que te quiero con locura.

—Ya, y luego la exagerada soy yo, no te digo...

Ese era mi estilo; o la ganaba o la empataba. No era una mujer demasiado fácil de llevar, pero no podía remediarlo. Y después se daba una extraña dualidad en mí, porque si Mateo hubiera pensado en otra como yo lo hacía en John en aquellos días, le hubiera sacado los ojos... Y, sin embargo, allí estaba yo con mi sonrisa boba y con mi doble vara de medir.

—Te adelanto que solo son tres días. No te digo que te vengas porque sé que tienes guardias para dar y regalar, pero me encantaría que se hubiera dado la circunstancia.

—A mí también me habría gustado, pero qué se le va a hacer...

—Nada, seguro que para el próximo coincidimos.

—Ya veremos, que igual el próximo congreso es mío y tú el que te quedas aquí con la cara

partida.

No podía evitar el recochineo porque estaba un poco escocida. Algo valía que Mateo debió estar el primero en la cola el día que repartieron la paciencia, porque siempre me aguantaba a pesar de mis impertinencias. Y no es solo ya que me aguantara, sino que lo tenía comiendo de mi mano.

Un poco o bastante puñetera sí que era yo, porque, cuando echaba la vista a mi alrededor, comprendía que lo tenía todo; una familia que me apoyaba, un trabajo que me llenaba y un novio que me adoraba, ¿qué más se podía pedir?

Vaya, por pedir, que el día de nuestra boda saliera todo a pedir de boca, que para eso estaba preparando yo un enlace que no tenía nada que envidiarle a uno de esos de la realeza.

Aquella tarde había quedado con mi amiga Gloria, que era costurera y que había tomado las riendas del negocio que en su día regentó su madre. Gloria tenía unas manos de oro para la costura y juntas habíamos diseñado el vestido que mejor se ajustaba a mi cuerpo, que tenía más curvas que un circuito de Fórmula 1, según palabras de Mateo.

Tal y como yo era, no había querido que nadie viera el diseño del vestido de marras, ni siquiera mi madre, María, ni mi hermana, Tamara. Y es que a especialita no había quién me ganara.

En alguna ocasión Mateo trataba de tirarme de la lengua sobre la cuestión del vestido y yo le contestaba que antes muerta que darle una pista. Y lo decía con total seguridad. Tanto es así que a veces fantaseaba con que el día que lo recogiera iba a necesitar escolta policial hasta dejarlo a buen recaudo.

Con todos estos detalles es más fácil hacerse a la idea de que Mateo tenía el cielo ganado conmigo. Y es que mi chico no solía quejarse por más excentricidades que yo le mostrara. A menudo, Pili lo comparaba con Camila y me decía que lo que yo tenía en casa era una joyita.

—Sí de la corona española, pero a ti bien que te gusta el material de Méjico lindo, ¿o no?

No me faltaba razón, ya que ella también estaba muy enamorada, lo único que cada palo debía aguantar su vela...

La siguiente mañana llegué al trabajo un tanto bromista y cogí a Pili por banda.

—¿Y si le partimos otra cosa a John para que se quede?

—Mientras no te parta él a ti el corazón, todo va bien.

—Hija mía, que no eres más dramática porque no entrenas, qué barbaridad.

—Sí, sí, eso lo dices tú ahora con la boquita pequeña, pero hay veces que le echas unas miraditas que...en fin, asombradita me tienes.

—No puedes ser más pamplinosa, sabes que la cuestión es darle un poco de vidilla al trabajo, porque si no, esto se hace muy duro.

—Sí, sí, por ahí empezaste en su día, con el cachondeito de que “si el vaquero por allí” o “el vaquero por allá”, pero ahora ya no tengo yo nada de claro que solo sea cachondeo o que...

—Vamos, que capaz eres de decir que estoy locamente enamorada de él, por mi madre de mi alma que a ti te falta un tornillo.

—Locamente enamorada no es algo que haya salido de mi boca, pero dime una cosa y hazlo con el corazón en la mano.

—Qué poquito me gusta cuando te pones así de solemne, guapa...

—Si tuvieras la oportunidad de darte el revolcón del siglo con él sin que nadie se enterase, ¿lo harías?

—Mira esta, ¿y tú? ¿Si tuvieras la oportunidad de dártelo con la modelo esa que tanto te gusta,

lo harías?

—¿Con Kylie Jenner? Pero mira que eres liante, te recuerdo que soy yo la que he preguntado primero.

—Ya, y tú no eres liante, pues a lo mejor sí, me acostaría con él, pero que eso es pura fantasía. O yo qué sé, lo mismo me lo montaba con los dos, con Mateo y con él, que también tendría su morbillo.

—Sí, tú cuéntale eso a tu Mateo, con la venilla esa celosa que le da de vez en cuando, y ya verás lo que tarda en llamar al cura y te quedas sin boda.

—Joder, hija, qué te gusta presionarme. Entonces, ¿para qué me preguntas? Si, te diga lo que te diga, no te va a parecer bien.

—No es que no me parezca bien, lo único es que, por tu bien, te digo que no hagas el tonto, que tú no eres una mujer fácil de llevar y Mateo para eso parece que tiene un don.

—Y tú eres más exagerada que el cine, que yo no siento nada por John, mujer, que sí que tiene mucho arte y todo lo que tú quieras, pero que yo estoy loquita por mi doctor particular.

—Un poquito menos que antes, reconócelo.

—Y dale, Perico, al torno. Sí, espera, que voy a sacar un medidor del amor, a ver si tienes razón tú o si la tengo yo... Qué peñazo eres, ¿no tienes ninguna bronca que echarle a Camila? Cuando estás de tangana con ella me dejas a mí más en paz...

—Eres malilla, Débora, no me desees eso, que después me da acidez de estómago.

—Anda, pues déjame ya un poquillo, que tengo un alta que dar.

Me acerqué a la habitación y noté a John un poco melancólico.

—No me digas que de verdad te da tanta pena irte, que te hacemos paciente honorífico y te quedas aquí para siempre, ¿eh?

—Buenos días, Débora, no te había visto. No, es solo que siento como si se hubiese cerrado un ciclo de mi vida, ¿no te ha pasado alguna vez?

—No sé qué decirte, Pili dice que es que yo vivo al día, que no soy demasiado profunda, igual es eso.

—Yo opino que a veces la profundidad de las personas o la intensidad con la que vivimos depende un poco de nuestras experiencias y, sobre todo, de los problemas que hayamos podido tener, ¿no crees?

—Uff, muy filosófico te veo, no te habrás tragado tú al pitufo filósofo, ¿no? A ver, saca la lengua, que yo vea si la tienes azul...

—Ni que fuera yo un Chow chow—dijo en referencia a la raza de perros que se caracteriza precisamente por tener la lengua de ese color.

—Huy, aquí en Andalucía a esos ni se los puede mencionar, que enseguida te salen con lo de cho-cho, ya me entiendes.

—Sí, sé lo que es un cho-cho. —Se echó a reír.

Sabía lo que era y además debía estar familiarizado con más de uno, porque aquella monería andante debía ligar una barbaridad.

—Cambiando de tercio (no vi prudente seguir la conversación por ahí), ¿vendrá alguien a recogerte a la salida?

—Sí, habrá una manifestación de personas, las mismas que han venido a verme desde que se fue mi hermana. Sabes que yo aquí no tengo a nadie.

—¿Y sitio ya dónde ir?

—Todavía no, pero supongo que me las apañaré en cuanto salga, soy un poco ciudadano del

mundo y esas cosas no se me dan del todo mal.

—Ya, pero no sé si has contado con el pequeño detalle de que está lloviendo a mares, y tú tampoco es que estés todavía para muchos trotes.

—No te preocupes por mí, yo cojo mi mochila y ya estoy en cualquier sitio.

—¿Durmiendo al raso, quieres decir? —La sola idea me horripiló.

—Tú has visto muchas películas de indios y de vaqueros, ¿no? —me indicó él mientras se echaba a reír.

—Yo qué sé, chaval, es que me he pegado un susto de muerte, ya te veía ahí en lo alto de una montaña.

—Sí, o debajo de un olivo, que para eso estamos en Jaén.

—“*Debajo del olivo, debajo del olivo que el sol calienta...*” —canturreé yo por las Azúcar Moreno y, sin vacilar, allá que fue el vaquero a acompañarme con las palmas.

—Ole el arte...—murmuró.

Para arte el que tenía él, a quien, por cierto, estaba yo pensando hacerle un favor (y no, no me refiero a ese tipo de favores).

—Oye que estoy pensando una cosa...

—Dime, Débora.

—Cuando salgas de aquí, te puedes dirigir a la pensión de mi primo Manuel. Si no vas demasiado holgado de dinero no será problema, él tiene buenos precios. Si te parece, te paso su ubicación...

A mí no me gustaría encontrarme sola en una ciudad a miles de kilómetros de la mía, después de pasar un trance así y no tener nadie que me echase un cable.

—No, el dinero no es problema, yo poseo tierras en Texas, no soy... ¿cómo decís vosotros? Un perroflauta, ¿no?

—Anda, o sea, que además eres un terrateniente. Como se corra la voz por la planta, te las vas a tener que quitar de encima a cachetadas, van a acudir a ti como las moscas.

—Que acudan, a mí la que me gusta es la de “un duende dentro...”

Bien se había dejado caer el vaquero y bien que hizo que mis mejillas ardieran, por lo que le envié la ubicación de mi primo a su teléfono, que constaba en su ficha, y me dispuse a salir de su habitación a la velocidad del rayo.

—¿Tomaremos ese café? —me preguntó antes de salir por la puerta.

—Ya veremos, ya veremos—le comenté...

## Capítulo 3



No es que fuera una despedida en toda regla ni mucho menos, pero es que lo consideré mejor así. Solo faltaba que la almendra de Pili tuviera algo de razón y yo sintiera por el vaquero un ápice más de lo estrictamente correcto entre médico y paciente.

Hasta ese momento no me lo había planteado, pero mejor no tentar al demonio, que yo tenía por delante una boda preciosa que celebrar y la vida más organizada del mundo.

Sí, dentro de mis especialidades estaba también esa; la de la organización y el control. Pili decía que yo era una “jartible” de libro y quizás no estaba demasiado equivocada.

Me había pasado desde que no levantaba un palmo del suelo. Por ejemplo, siempre me ponía una nota mínima que sacar en los exámenes, desde pequeñaja, y jamás solía estar por debajo de un nueve (lo que da idea de mi nivel de exigencia). Pues bien, bastaba con que no llegara a esa nota para que me pudiera pasar una hora enterita llorando del coraje que sentía.

Si mi nivel de exigencia para conmigo era ese, tampoco distaba mucho el que empleaba con los demás, de ahí que a Mateo lo único que le faltara era que le hicieran los agujeritos en la cabeza y le pusieran la corona de santo.

Sí, mi novio me había demostrado en sobradas ocasiones que me quería, porque aguantarme a mí no era moco de pavo y él lo hacía con total estoicidad.

—Por fin viernes—me comentó Pili un rato después cuando llegó a por mí para que fuéramos a desayunar juntas.

—Sí, es verdad, ¿tienes planes para el finde?

—Unos planes locos, pedazo de guardia que me voy a comer pasado mañana.

No había terminado de decirlo cuando llegó Camila.

—¿Has comprado tú el regalo para el cumpleaños de Dámaris? Espero que sí, que te lo encargué hace días. Y recuerda que es el domingo a las seis, no me vayas a hacer otros planes, que te conozco.

Ya estaba el lío, y yo no sé cómo me las apañaba que a mí me pillaba siempre en medio.

—¿El domingo? Pero si estoy de guardia, no puede ser, es imposible...

—¿De guardia? Si yo miré en su día el cuadrante y lo tenías libre, a mí no me vengas ahora con tonterías.

—Ya, pero es que se la cambié a Rita por la suya. La muchacha tenía un problema y yo pensé que daba igual.

—Ese es tu problema, Pili, que tú siempre piensas, pero en la dirección errónea. Y claro, ¿para qué se lo ibas a preguntar a Camila? Y mira que sabes que tengo la cabeza mucho más en los hombros que tú, pero no... Tú vas a tu bola, como de costumbre, y a Camila que la zurzan. Hasta aquí hemos llegado, ¿me oyes?

Quien escuchara aquello pensaría que estábamos ante una verdadera crisis de pareja, aunque

yo había visto ya escenas de aquellas entre ellas a montones y sabía que en nada ni se acordarían.

—Haya paz, chicas, haya paz... Tiene que haber una solución, que me estáis agobiando.

—¿Una solución? La solución es dejar a tu amiga, que me causa dolor de cabeza día sí y día también.

—Sí, pues a tomar por saco la bicicleta, Camila, hemos acabado. Ya verás como así se te pasa el dolor de cabeza, pero ya vendrás rogándome que vuelva contigo, ya...

—¿Yo rogándote que vuelvas conmigo? Y un mojón despeinado, hombre... Por mí como si te vas a la mismísima Conchinchina, yo no quiero saber nada más de ti.

—¡Ya está bien, hombre! —vociferé, y por fin las dos se callaron, que anda que no daban calor ni nada.

—Venga, habla tú, Débora.

—¿Te conformas si le cambio yo la guardia a Pili? —le pregunté a Camila.

Cómo me fastidiaba cuando la novia de mi amiga se hacía así la interesante, mirándose las uñas y actuando como si nos perdonara la vida. Pero todo fuera por que firmaran de una bendita vez la pipa de la paz y me dejaran tranquilita.

—Bueno, quizás... No sé.

—Eso quiere decir que sí. Ea, pues asunto concluido y guardia cambiada. Cuando salgáis de aquí os vais las dos a comprar el jodido regalo, y ahora a callar todo el mundo o seré yo la que me líe a blasfemar en arameo y os vais a enterar todos, hombre ya...

Algo valía que allí nos entendíamos a la perfección. Bien que decían de mí, pero aquellas dos también se las traían, cada una en su estilo. Ahora me tocaba decirle a Mateo que tenía una guardia extra, justo en nuestro finde libre. De haber sido otro hubiera puesto el grito en el cielo, pero él no era de esos.

Cómo lograban ponerme la cabeza entre las dos, era de auténtica locura. Un rato después, cuando pasé por la habitación que hasta ese momento había ocupado “el vaquero” como yo lo tenía registrado en mi cabeza, se me hizo raro ver que ya no la ocupaba.

Sin embargo, al menos estaba tranquila sabiendo que mi primo Manuel lo iba a cuidar de mil amores. Bueno, que igual estoy exagerando un poco. Ni que John necesitara que lo alimentaran como un pajarillo (me reí para mi interior). A lo que me estoy refiriendo es a que mi primo es una de esas personas cuidadosas, que suelen tener siempre un ojillo sobre aquellos que más lo necesitan.

Debía ser algo de familia, pues era un valor que nuestros mismos padres nos habían inculcado. Y nosotros, que éramos muy propios, habíamos tomado buena nota desde pequeñajos.

De hecho, recuerdo que mi primo y yo, que de chiquitillos compartimos muchos y buenos momentos en el grupo de boy scouts al que pertenecíamos, nos pasábamos buena parte de los campamentos cuidando de los demás.

Bastaba que uno tuviese un esguince, una torcedura o, simplemente que le echara cuento al asunto para no hacer una caminata, y ya estábamos nosotros con la mano levantada para ofrecernos a cuidarlos.

En mi caso, es que de casta le viene al galgo y mi padre también es médico, por lo que ya sentía en aquel entonces la llamada de la Medicina en mi puerta. En el caso de mi primo, la cosa era todavía más divertida, porque cuando él me preguntaba por qué me quedaba, yo le contestaba sin dilación que “porque me gustaba cuidar a las personas”, pero en el suyo, la cosa era todavía más tierna “porque lo haces tan bien, que me gusta ver cómo las cuidas”.

Había también otro componente que pudiera influir en el asunto y es que Manuel era el zampabollos oficial de la familia y por aquel entonces estaba un poco o bastante metidito en carnes. Increíble pensarlo ahora, porque de adolescente espigó y le salió una legión de fans, pero por aquel entonces era Manuel, el gordito. Y eso era lo que había.

Total, que ya me he enrollado como las persianas, que mi primo compartía conmigo esa bonita afición por cuidar a la gente. Además, una llamada mía le bastaría para saber que John necesitaba que le echara un ojito extra, por aquello de que estaba en España más solo que la una y ya sabía yo que mi primo no me iba a fallar en eso.

Por la tarde había vuelto a quedar con Gloria, a la que traía un tanto de cabeza con la tela del vestido. Anda que no estaba demostrando tener paciencia conmigo ni nada, otra como Mateo.

—Te lo prometo, Débora, como tampoco te guste esta tela para el vestido, te juro que me tiro por la azotea, ya no puedo más, ¿sabes que me la han traído expresamente de París?

—¿De París de la Francia? —bromeé yo poniendo acento franchute.

—No, de París de Lepe, no te toca las narices... Mira, mira, no me digas que no es una preciosidad, porque si dices que no, voy a pensar que lo haces por fastidiarme.

—Eso es condicionarme y lo sabes, así no puedo enfrentarme a su visión—volví a bromear a sabiendas que la estaba sacando de sus casillas.

—Ni a su visión ni a ninguna, porque como sigas así te voy a dar un puñetazo en un ojo y santas pascuas, que me tienes loca ya.

—Qué poco aguante, hija, ¿en qué ha quedado aquello de que el cliente siempre tiene la razón?

—Y la tiene, y la tiene... Pero el cliente medio, por el amor de Dios, que yo no he visto una mujer más exigente en mi vida.

—Paparruchas... venga esa tela.

Cerré los ojos para sentirla antes de verla. Era una de mis peculiaridades; si un tacto me agradaba, era francamente difícil que la tela o prenda en cuestión no lo hiciera.

La tomé entre mis manos y me la llevé a la cara.

—Como la manches de carmín te la cargas... Y luego la pagas y desde ya te digo que de barata no tiene nada.

—Ya sabes que ese no es problema, cállate y déjame que disfrute, anda.

—Sí, sí, de tu experiencia religiosa, que cantaría Enrique Iglesias. Mira, yo me voy a ir poniendo un té y aquí te dejo con tus pensamientos.

Apenas unos segundos necesité para descubrir que aquella era la tela que yo quería sentir sobre mi cuerpo en tan importante día.

—Gloria, va a ser que sí—le dije mientras abría los ojos y notaba cómo ella adoptaba un gesto de alivio.

—Alabado sea Dios, niña, qué difícilita eres para todo. Como seas igual en la cama, no envidio al pobre Mateo.

—Sí, sí, todas iguales “que si el pobre Mateo por aquí, que si el pobre Mateo por allá”, ¿y yo qué?

—Tú estás mejor calladita, anda, infinitamente más mona.

Si todos lo decían, debía ser que yo tenía guasa, para qué nos íbamos a engañar. En cualquier caso, solía salirme siempre con la mía y era feliz como una perdiz.

Al fin y al cabo, la vida me sonreía y yo solía devolverle una sonrisa de oreja a oreja. En aquel momento me sentía rematadamente feliz; mi boda era un sueño que iba a cumplir en breve y no había nada que deseara para ese día que tuviera visos de no cumplirse... Empezando por un novio

que había dado sobradas muestras de quererme con locura.



## Capítulo 4



Sábado por la mañana y un precioso e invernal día por delante. Mateo no paraba de hacerme arrumacos.

—Me estás haciendo la pelota porque te vas de congreso y lo sabes—le espeté con un poco de esa particular guasilla que todos decían que tenía.

—Mira que eres malilla, lo dices como si para mí fuera un gusto, ya sabes lo muermos que pueden llegar a ser a veces.

—Pues no vayas entonces y no te quejes tanto.

—Venga, erre que erre, si al final te voy a tener que pedir hasta disculpas por hacer mi trabajo.

—No te quejes tanto, anda, que eres tú muy mártir.

—Yo soy muy mártir, ¿no? Menos mal, Deby, anda que no se te da bien ni nada lo de darle la vuelta a la tortilla...

Mateo se levantó y, tal como era su costumbre en fin de semana, se dispuso a preparar el desayuno.

—¡Eh! Cuidadito con ponerme muesli ni ninguna de esas mierdas de buena mañana, ¿eh? —Me encantaba esa expresión que tanto utilizaba mi amiga Vero, catalana como era.

—¿Y entonces qué quieres tú desayunar? Mira que ya sabes que el desayuno...

—Mateo, ya sé toda la retahíla que me vas a soltar sobre las gentilezas del desayuno, pero por la gloria de mi abuelo que como pretendas servirme uno de los tuyos vamos a tener el día.

—¡So, so, yegua mía!

—Menos tonterías o la tenemos, ¿eh?

Ea, pues ya lo había logrado con sus gracias, lo de yegua me había llevado a pensar en John y en qué estaría haciendo. Pero vamos, que Jaén no era el Bronx y el muchacho estaría haciendo seguramente algo de turismo más a gusto que un arbusto.

—Venga, venga, haya paz, ¿qué quiere mi amorcito para desayunar?

—Pues un cubo de café y un par de tostadas de esas buenas de pan de campo...

—Mira que he traído uno nuevo de cereales que...

—¡De pan de campo he dicho! ¿Qué parte de esa expresión es la que no entiendes? Pues menuda telera me regaló mi madre el otro día... Me pones dos rebanadas, una con aceitito de oliva del de mis suegros y otra con manteca *colorá*, que también me ha aprovisionado mi madre y quita las tapaderas del sentido, niño...

—Como quieras, que no tengo valor para contradecirte.

—Pues mejor así.

Mientras él preparaba aquel pedazo de desayuno que no se lo saltaba un galgo, miré el wasap y descubrí que tenía un mensaje de mi amiga Aurita, a la que no veía desde la infancia y que estaba

invitada también a mi boda.

Sí, dicho así puede sonar un poco extraño, pero Aurita, cuyos padres eran militares, se había marchado de Jaén cuando ambas éramos niñas y yo le había perdido la pista por completo.

Claro está que ahí reside la magia de las redes sociales; en la posibilidad de encontrar a personas que hace un huevo de tiempo que no ves ni tienes noticias de ellas. Y eso fue lo que me ocurrió meses atrás con Aurita, con quien yo había tenido de niña un buen rollo sensacional.

—“Deseando ir a la boda del siglo”.

Ese era su mensaje y se lo enseñé a Mateo tan pronto como apareció por el dormitorio para traerme mi zumo de naranja matutino.

—Le he puesto un poquito de miel como a ti te gusta, Deby.

—Gracias, eres un amor. —Le saqué la lengua, que una era exigente, pero también agradecida.

—Mira lo que me ha puesto Aurita, qué ganitas tengo de verla... Y de que llegue el día.

—¿No me digas? Pues yo no tengo ninguna gana, fea. —Sonrió.

—Pues ten cuidadito con tus comentarios, que muy pronto te quedas compuesto y sin novia, no sé si me he explicado con claridad.

—Meridiana, meridiana, anda, ven aquí, fierecilla mía... ¿Qué diantres iba a hacer yo sin ti?

—Pues zamparte todas tus comidas esas de plástico sin que nadie te diga ni media palabra, por ejemplo.

—Anda, pues ahora que lo dices, eso no estaría nada mal... Y, por cierto, hablando de comidas, me acaba de llamar mi madre.

—¿Sí? Cuenta...

—Pues nada, que dice que como el día está esplendoroso, que quiere hacer una paella al aire libre y que si nos apuntamos. También irían mi hermano y mi cuñada con la niña.

—Ea, vale, reunión cortijera para el sábado...

—¿De veras que no te importa? Te prometo que mañana te lo compensaré, haremos lo que te apetezca.

—No me importa, yo también tengo ganas de ver a la chiquitina, ¿qué te crees? —Me refería a la sobri de Mateo, Jimena, quien a sus seis meses estaba para comérsela.

—Vale, vale, pues pide por esa boquita para mañana.

—Me temo que mañana tengo guardia, ¿no te lo había dicho?

Sí, sí que tenía yo guasa, porque de sobra sabía que no le había dicho ni mu de la guardia al pobre... Si hubiera sido al revés, me habría escuchado, pero Mateo era bastante más fácil de llevar que yo.

—¿Guardia? Pero si no tenía ni idea.

—¿No? Pues se me habrá pasado comentártelo, es que Pili y Camila casi se matan a consecuencia de esa guardia precisamente. Y yo se la he cambiado.

—¿Ves lo que yo digo? Que debajo de esa apariencia de fiera salvaje hay una mujer con un corazón que no le cabe en el pecho.

Y el pecho fue lo que me miró, aunque ya sabía yo que no para comprobar el tamaño de mi corazón. Lo que Mateo estaba pidiendo era guerra y guerra iba a tener...

Un par de horas después, ya desayunados y con todos “los deberes” hechos, nos dirigimos al cortijo de sus padres, que no era broma que vivieran en uno de ellos. Mis suegros se dedicaban a la producción de aceite de oliva y les había ido fantásticamente bien. Sin embargo, ninguno de sus dos hijos estaba por la labor de seguir con el negocio familiar.

Algunas veces yo bromeaba y les decía que sería la digna heredera del cortijo y me veía allí en

plan “Falcon Crest”, pero produciendo aceite en vez de vino. Lo que hubiera faltado ya, vamos, el remate de los tomates. Iba a ser que no. Eso sí, Mateo y su hermano en su día heredarían un buen pico de todo aquello y siempre fantaseábamos con la idea de terminar nuestros días dando la vuelta al mundo una y otra vez, que viajar sí que nos gustaba bastante a los dos.

—Buenos días, suegra, ya tengo tela para el vestido, ¿cómo va el tuyo? —le dije a aquella mujer con la que me llevaba genial.

—¿Qué me dices? Menos mal, por fin... Tu madre me decía el otro día que, al paso que ibas, te veía teniéndote que echar una sábana por encima el día de la boda, cariño, qué te cuesta decidirte por las cosas...

—No por todo, que a tu hijo bien que le eché el guante sin pensar, ¿o es que no te acuerdas?

—Y mira que había que tener ganas de cargar con el fistro de pecador de mi hermano—añadió mi cuñado Jaime, que llegaba en ese momento con su mujer y su niña.

—¿Qué tendrás tú que decir de mí? —Mateo lo saludó dándole un puñetazo en el brazo, como ambos solían hacer.

—Nada, nada, que cada día estás más fuerte, tío, cualquier día me partes el brazo, ¿Qué leches haces para eso?

—Pues macharse en el gimnasio y comer solo unas porquerías que para qué. —Me reí y Mateo me dirigió una mirada reprobatoria que no duró más de unos segundos—. No, si todavía va a resultar que me lo estoy inventando...

—Yo no he dicho eso, pero que no son porquerías...

—Mira, esa es comida de verdad, nada más que veas el divino olorcito que sale de la paellera —le indiqué mientras me iba a degustar otra delicia, a la pequeña Jimena, a quien traían vestidita de dulce.

—Te queda genial—comentó Mateo en cuanto me vio con ella en brazos.

—¿Y qué no me queda a mí bien?

—No seas bicho, ya sabes a lo que me refiero.

Claro que lo sabía. Mateo se refería a que no veía la hora de que fuésemos padres. A él los niños es que le maravillaban, de ahí que fuese pediatra...

—Lo sé, lo sé, pero echa el freno, Mateito, que hay tiempo para todo.

—Sí, Deby, pero que hay edades y edades. Lo de tener los hijos a partir de los treinta y cinco ahora está muy de moda, pero luego son los problemas. Ya sabes que muchos de esos embarazos son más problemáticos y...

—Me lo sé y de carrerilla, por lo que más quieras ahórrame todas las explicaciones otra vez. —Me eché a reír porque en eso era él quien me machacaba un poco.

—Lo que sí está claro es que Dios sabe a la edad que da los hijos—añadió mi suegra.

—¿Y eso? —le pregunté un tanto extrañada porque ella no solía meterse en nuestras conversaciones.

—Hija, porque si yo hubiera tenido a estos dos trastos muy mayores no sé por dónde hubiera salido el sol, ¿tú sabes las que me organizaban entre los dos?

—Sí, menudos dos, buenos cates que se han llevado...—Mi suegro apareció para unirse a la conversación.

—No exageréis, solo es que nos gustaba un poco explorar el mundo—concluyó Mateo, a quien se le daba estupendamente zafarse de una conversación cuando venía al caso...

—Pues tú ten cuidadito, que ya has explorado por el mundo todo lo que tenías que explorar. Ahora, si tienes que explorar algo, que sea conmigo.

Mi cuñado y su mujer me hicieron los coros y formamos un buen cachondeillo entre todos, acorralando a Mateo, como si el pobre fuese a hacer algo malo. Bien sabía Dios que yo lo decía todo de broma porque, si algo me había enseñado él con el tiempo, era que se trataba de un hombre en el que se podía confiar.

Con la familia de Mateo me sentía también magníficamente bien. Y el hecho de que Jimena alentara las ganas de mi chico por ser padre me daba todavía más confianza en la relación.

Después de comer estuve hablando a tutiplén con mi suegra de la boda. Ella, que sería la madrina, iba a llevar una mantilla. El caso era que se trataba de una mujer con un gusto exquisito y algo me decía que su atuendo no sería precisamente convencional, aunque tampoco era que me la imaginara con una mantilla azul, como la que lució en su día Carmina Ordóñez en la boda de su hijo Francisco.

La boda se iba a celebrar también en un cortijo, pero no en el de mis suegros, sino en uno que alquilaban expresamente para ese tipo de eventos. Una verdadera preciosidad en la que no faltaría ni un perejil. Mientras tomaba un licorcito con ella pensé en la mezcla de culturas y en lo salado que estaría un espectáculo de esos de doma vaquera en él.

Sin duda, una chorrada total, fruto de mi subconsciente que, de vez en cuando, me traía y me llevaba a John.

Nada malo había en ello, pues tales pensamientos solo me sacaban una sonrisa y punto redondo. Es que aquel vaquero había sido mucho vaquero y había revolucionado con su presencia el ala al completo de traumatología del hospital... Y el resto de las alas de paso.

Salimos de casa de mis suegros ya por la noche, incluso después de cenar. Fue un día relajado que me sirvió para descansar, pues nunca sabía una a lo que debería enfrentarse en el trabajo.

Dormí como un lirón a sabiendas de que el despertador no me perdonaría por la mañana. Todo fuera porque hubiera paz entre las dos petardas de Pili y Camila, que me ponían a veces en unas coyunturas impresionantes...

## Capítulo 5



Entré en el hospital a eso de las nueve menos veinticinco de la mañana. Soy una de esas personas a las que les cuesta la misma vida espabilar al levantarse y que con un café no tienen bastante, por lo que me tomé una taza en mi casa, pensando en tomarme una segunda en la cafetería al llegar.

Antes que nada, me metí en el vestuario, llamémosle así, para ponerme mi pijama sanitario. Aquel era un habitáculo de pocos metros cuadrados con paneles divisorios de pladur con puerta, como los servicios de cualquier restaurante o instalación deportiva. De hecho, cada celdilla de aquellas tiene un inodoro.

Dejé el bolso en la cisterna y me quité la ropa. Alguien abrió la puerta principal y, acto seguido, escuché las familiares voces. Eran Melisa y Fany, otra compañera de la planta de ginecología que solía pasarse de vez en cuando por la nuestra. Otra que tal bailaba. No sé a quién de las dos le tenía más inquina, y es que eran tal para cual. Dios los cría y ellos se juntan, dicen.

—Por fin, qué pesadez de noche, la virgen—Era Fany la que hablaba.

—¿Mucho tajo o qué?

—Tela del telón. Dos partos, uno de ellos por cesárea. Un numerito, porque el crío venía con el cordón estrangulándole el cuello.

—Flipa. Menuda manera de venir a este mundo—Melisa se echó a reír, la muy asquerosa.

—Calla, que no sé cómo no me ha dado un telele a mí también. Empezó como un parto natural, pero en vista de la complicación... pues eso, que con las carreras, casi no le había hecho el efecto completo la epidural a la mujer cuando ya estaba una abriéndola en canal con el bisturí en la mano. ¿Tú te imaginas?

—Uff, no me cuentes los detalles, que voy a tener pesadillas ahora cuando llegue a mi casa.

Fany y Melisa estaban salientes de guardia, mientras que a mí me quedaban todavía 24 horas por delante al pie del cañón, y lo que era peor; sin el aliciente de las bromas de John, que ya había desaparecido del horizonte. Sus bromas y su bendita presencia, que a nadie le amarga un dulce y aquel monumento por los pasillos era digno de ver.

A lo que íbamos. Aquellas dos indeseables siguieron hablando a través de los indiscretos tabiques, metidas ya cada una en cuartito para cambiarse y ajenas a mi presencia en un tercero.

—Pues en trauma ha estado mucho más tranquila la cosa—dijo Melisa —, al punto de que he podido dormir del tirón desde la una hasta las seis y pico.

—Qué suerte, hija, así empiezas más descansada el domingo. Anda, cuenta, ¿qué tienes pensado para hoy, petarda?

—¿Yo? Nada en particular.

—¿Tú sin ningún plan? A otro perro con ese hueso, que nos conocemos, nena.

—En serio, tía, me voy a tomar el día de relax y ya luego empezaré a preparar la maleta.

—Ni que te fueras un mes a Cuba, qué exagerada, por Dios.

—Tú déjame a mí, que yo sé lo que me digo. Quiero pensar bien qué llevarme esta vez para que no me pase como la anterior, que cuando fui a abrir la bolsa me encontré con que había metido un tacón de cada par por culpa de las prisas.

Su interlocutora se partía de la risa.

—Eso, eso, mete ropa bien mona para tu escapada con tu doctorcito. Lo vas a volver loco. Bueno, ya lo tienes.

—Ya te digo, por eso paso de andar zascandileando hoy. Prefiero descansar para estar a tope cuando cojamos el pescante, que luego las noches nos tienen que cundir, jajaja.

Eso era, la señorita tenía planeado un viajecito con vaya a saber quién. Un médico, por lo visto. Debía ser una relación incipiente, porque, hasta donde yo tenía entendido, aquí la tipa estaba soltera y sin compromiso por voluntad propia, algo que una había escuchado de su propia boca en otro descuido similar a aquel.

Aunque me importaba un bledo la identidad de su rollete, los humanos somos así, y no pude evitar sentir curiosidad por saber de quién se trataba, pero no hubo forma de averiguarla porque aquellas dos cambiaron radicalmente de conversación antes de terminar de vestirse y salir pegando un portazo.

Yo, que seguía allí dentro sin hacer ruido, no me marché hasta cerciorarme de que ambas debían andar ya saliendo por la puerta principal del hospital. Ya en la cafetería, sentada en un taburete en la barra, le di un repaso mental al personal. ¿Miguel Andrinal? Difícilmente, ese era un hombre casado y aparentemente muy formal, por lo que me parecía poco probable. ¿Antonio Suárez? Ese tampoco podía ser de ninguna manera porque hacía apenas un mes que había enviudado y tenía casi la edad de jubilarse. Otro descartado.

El repertorio se me acababa. Quizás se tratase de algún médico que trabajara en otra planta al que yo no conociese, o en otro centro. ¡Bah! Qué leches me importaba a mí con quién chingara o dejara de chingar aquella engreída.

—¿Largo y con sacarina como siempre, Débora? —La pregunta de Lola, la encargada, me sacó de mi abstracción.

—Sí, por favor, y media tostada con tomate y aceite.

—Hoy venimos con hambre, ¿no?

Aquella mujer me conocía bien. Es más, teníamos bastante confianza, y es que una era asidua de esa cafetería, mucho mejor que las de la zona en todos los sentidos. Para mi gusto, el café más sabroso en cien metros a la redonda lo servía Lola. Tampoco puede evitar la tentación de tratar de sonsacarle algo.

—Sí, vengo hambrienta, chica. Esto... que te iba yo a preguntar, ¿viene mucho por aquí Melisa?

—No. Vamos, al menos que yo sepa, ¿por qué?

—No, por nada. He escuchado rumores de que anda con alguien y creo que trabaja aquí. Era por ponerle cara, tú sabes.

—Hay que ver lo que nos gusta un cotilleo a las mujeres, ¿eh? —La simpática rubia se echó a reír y yo me encogí de hombros como asintiendo.

—Cosas de mujeres—solté.

—Pues no, ya te digo que no se deja caer mucho por estos lares, y la verdad es que yo encantada de la vida.

—Me da a mí que a ti tampoco te cae muy bien que digamos.

—Ni chispa. Desde el día que me montó aquel pollo porque decía que el té ardía no he vuelto a coincidir con ella. ¡Será estúpida! ¡Como si las infusiones no se hicieran con agua hirviendo! ¡No te jode la tía!

—Ya le vale.

—Dímelo a mí. No sabes tú lo que hay que aguantar de cara al público, y más en hostelería.

Por un momento me metí en su piel y le di la razón. Era domingo por la mañana temprano y la cosa estaba bastante tranquila, pero aquella cafetería se ponía de bote en bote en horas punta entre semana.

Más de una vez había visto a Lola desbordada sin saber a quién atender primero, cuando todos andábamos con las prisas mirando al reloj para entrar puntuales en nuestros respectivos puestos. No solo nosotros; en aquel lugar se daban cita multitud de familiares de los enfermos a todas horas.

Terminé de desayunar, me despedí de ella y subí a planta. Allí, tras el mostrador de control, me esperaba otra sorpresa.

—Buenos días —le dije a Sonia, la enfermera de turno, sin apartar la vista del gran ramo de flores.

—Buenos días, Débora. ¿Qué? Bonitas, ¿no?

—Preciosas. ¿Quién te las ha regalado? ¿Estamos de cumple o qué?

—En tal caso, el tuyo, porque son para ti —me contestó.

—¿Para mí?

Sonia miró a izquierda y derecha alzando los brazos.

—Chica, hablo contigo, no veo a nadie más por aquí. Las trajo un chico hace un ratito.

Me quedé de piedra, imaginando la procedencia de tan espectacular ramo de rosas rojas. En realidad, no tuve ninguna duda de que venían de parte de John, y es que mi chico sería muy bueno y muy santo, pero no solía tener detalles de ese tipo. Otros sí, pero... ¿flores? Sería la primera vez.

Rodeé el mostrador y lo cogí. Venía acompañado por un sobre bien cerrado. Dentro de él, la nota que confirmaba mis sospechas: “PARA LA MUJER MÁS BONITA DE ESTA TIERRA. SUERTE LA MÍA, CAYENDO EN SUS BRAZOS”.

El asunto tenía timba. Automáticamente pensé que cualquier otro traumatólogo en cuyos brazos hubiese caído le hubiese tratado del mismo modo, quiero decir profesionalmente, se entiende. Sin embargo, tuve que apartar de golpe mi pensamiento y hacerme la sueca ante aquella chica que miraba expectante la nota desde cierta distancia.

—Mi novio, que me desea un buen día —mentí.

—¡Qué romántico! Menudo detallazo. El mío me trajo hará un par de años el desayuno a la cama, y pare usted de contar. Una y no más, santo Tomás.

Me limité a sonreírle y me guardé la nota en el bolsillo. El sobre con mi nombre en el anverso lo arrugué y lo tiré a una papelera.

—Sonia, ¿no habrá por ahí algún frasco donde ponerlo con agua?

—Espera un momento.

La joven enfermera entró en el cuarto de las medicinas y en seguida volvió con una botella de agua mineral medio vacía. Le corté la parte superior con unas tijeras y sumergí en ella los tallos de las rosas. Volví a colocar el lustroso ramo donde lo encontré y me puse manos a la obra.

Cogí los informes de los pacientes ingresados para echarles un vistazo y más tarde comencé la

ronda por las habitaciones. Todo estaba en orden.

La mañana transcurrió sin ningún contratiempo, cosa rara en traumatología, donde siempre se está con el alma en vilo esperando a que te llamen en cualquier momento desde urgencias para atender los pastelitos que suelen llegar en ambulancia. Cuando no es un brazo roto es una buena quemadura, en el mejor de los casos.

La llamada de Mateo me pilló almorzando. Otra sorpresa de aquel domingo, no por la llamada en sí, pues mi novio era de los que calculaban bien el momento oportuno para darme el toquecito en esas circunstancias e interesarse por saber cómo me iba la jornada, sino por la pregunta...

—Buenas, ¿qué tal todo?

—Bien, tranquilita, comiendo.

—Ah, qué bonito. ¿No tienes nada más que decirme? —Esa segunda pregunta me cogió totalmente fuera de juego. Menos mal que no tardó ni un segundo en formular la siguiente, la que me dejó ya a cuadros completamente— ¿No te han gustado las flores?

Por poco me atraganto con el hueso de la aceituna que estaba rebañando con las muelas. ¡¡Las flores eran de él, no de John!! ¿Será posible? De repente sentí una mezcla de alivio y de frustración. Sí, lo reconozco. Estaba yo más ancha que larga dando por sentado que aquel ramo había sido idea del guapo estadounidense cuya presencia empezaba a echarse de menos en la planta, y saber que venían de manos de mi novio me desilusionó un tanto.

Me lo reproché internamente, aunque siendo así la cosa, por lo menos no tendría que buscar ninguna excusa a la hora de presentarme en casa al día siguiente con semejante regalo, y más teniendo en cuenta la guirnalda con corazoncitos rojos que rodeaban los espinosos tallos. Todo eso me dio tiempo a pensar antes de contestarle.

—¡Claro que me han gustado! ¡Me encantan!

—Para una flor, flores, dicen. Tú no mereces menos, cariño.

Pues nada, así de cariñoso estaba mi chico esa mañana, y echándome mucho de menos, según él. Yo, lo cierto es que todavía no le había dedicado ni un solo pensamiento desde que entrara de guardia, aunque me esté mal decirlo. Distinto era lo de John. Ese sí que no se me caí del pensamiento ni a la de tres.

Sé que no es justo, pero así andaba mi cabeza para entonces. De todas formas, la cosa cambió sustancialmente a partir de las tres y media de la tarde, y es que ya no tuve tiempo ni de mirarme las uñas. Primero fue el aviso de que volara hasta urgencias para atender a una adolescente que se había pillado la mano con la puerta del coche y que venía con cuatro dedos hechos trizas.

A renglón seguido trajeron a un anciano que había perdido el conocimiento en la calle por una bajada de azúcar, consecuencia de lo cual el pobre se había pegado tal piñazo en la cabeza que venía hecho un cristo chorreando sangre.

Después de este vinieron otro par de casos de más o menos gravedad, pero la guinda del día la puso dos o tres horas después Rodrigo, un hombre de cuarenta y cinco años que había salido despedido de la moto por el golpe que le propinó un coche por detrás, con tan mala suerte que se golpeó contra el muro del arcén y se destrozó literalmente toda la caja torácica.

Venía inconsciente y aterrizó directo, como quien dice, en el quirófano. Nada pudo hacerse por su vida. Murió al poco de entrar, pues las costillas le habían perforado los pulmones. Vaya fin de fiesta el de aquel día...



## Capítulo 6



—¿Me llamarás cuando llegues?

—Claro que sí, cariño. ¿No lo hago siempre?

En la sobremesa del jueves, Mateo cogió su bolsa de viaje y puso rumbo a Madrid. No volvería hasta el domingo a mediodía, pero el congreso realmente tendría lugar entre el viernes y el sábado.

De no ser porque mis obligaciones me llamaban le hubiese acompañado. Madrid es una ciudad que desde siempre me ha gustado mucho.

—Y digo yo, ¿por qué no te vas mañana sábado tempranito y le das una sorpresa? —me preguntó Pili cuando hablábamos del tema mientras desayunábamos el viernes en la cafetería del hospital.

—No sé. A fin de cuentas, Mateo va a estar ocupado casi todo el tiempo y no podremos estar apenas juntos.

—¿Y qué, boba? Mejor, así puedes darte por ahí tus vueltecitas en tanto que él anda en las conferencias. Y podrías aprovechar también para ver a tus tíos, esos de... ¿dónde me dijiste que vivían? ¿En Alcalá de Henares?

—Azuqueca, Azuqueca de Henares. Al lado. Quiero decir al lado de Alcalá.

—Pues ya está, niña. Echas el día a tu bola por ahí y por la noche os vais a cenar o al teatro o donde os dé la gana. Por lo menos podréis dormir juntos. Te vendrá bien desconectar un poco, Débora.

En eso tenía razón. Un cambio de aires me sentaría bien. Quizás así se me despejara algo la cabeza y la imagen de John se apartase un poco de ella, porque la verdad es que seguía pensando en él a todas horas. Aparte, Mateo y yo podríamos aprovechar la jornada del domingo para ir al rastro de Cascorro y darnos un paseo por la plaza Mayor y sus alrededores, una de mis zonas favoritas de la ciudad.

Tan solo nos separaban tres horas y pico de distancia en coche, de manera que podríamos salir de la capital por la tarde y estar de vuelta en Jaén a la hora de la cena. Sí, estaba decidido. Tiraría para allá a primera hora del sábado, pero no pensaba contarle mis intenciones. Le daría la sorpresa, tal y como me lo había planteado Pili.

El viernes por la noche, cuando calculé que mi novio ya debería estar de vuelta en el hotel, le hice una videollamada, pero no la atendió. Me extrañó porque Mateo es una de esas personas que no se separan de su móvil ni para ir al wáter, pero tampoco le di mucha importancia. Cinco minutos más tarde me llamó por teléfono.

—Ey, ¿dónde andabas, brujo?

—Deby, cariño, me pillaste en la ducha y no era plan de poner el móvil chorreando. Dime, ¿qué tal por ahí?

—Vale, pues cuelga, que te llamo por vídeo para verte la cara.

—Ehhh. ¿Qué más da, mujer?, ¿no la tienes ya muy vista? —me contestó echándose a reír.

Le dejé con la risa en la boca, y es que le colgué yo y del tirón pulsé el botoncito de la camarita. Tardó un poco en atenderme, y eso sí que me mosqueó una miaja, a sabiendas de que tenía el móvil en la mano. Su sonrisa forzada me gustó menos aún.

—Ea, aquí me tienes cara a cara como tú querías.

—¿Y dices que ya te has duchado?

—Claro, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—No sé, lo lógico sería que te hubieras puesto el pijama para dormir, ¿no?

Mateo inclinó la vista hacia su pecho, cubierto por un jersey de lana de cuello alto que yo misma le había comprado por su cumpleaños. Se quedó un poco pillado.

—Bueno, sí, verás...—titubeaba, supongo que tratando de ganar tiempo para justificar aquello que a mí no me cuadraba —es que voy a salir a cenar ahora con Samuel.

—Ya. Te entendí que cenaríais todos los compañeros juntos al terminar la última conferencia de esta tarde.

—Eso es, pero ha habido un cambio de planes. ¿Te ocurre algo, cariño? Te veo un poco tensa.

En ese momento se levantó, lo que me permitió ver mejor la cama en que hasta entonces estaba sentado; una cama de esas enormes de hotel que debía medir por lo menos 1,80 de ancho.

—También ha debido haber un cambio de planes respecto a las habitaciones, ¿no? Según tú, tenías una individual —le espeté con bastante mala uva. Entre unas cosas y otras, ya me estaba empezando a cabrear a base de bien.

—Sí, tienes razón. Hubo un problema con las reservas y al final me han asignado esta para mí solo.

—Qué suerte, así duermes...

No tuve tiempo de acabar la frase. Una voz femenina pidiéndole que se diese prisa se interpuso entre las nuestras. No sé lo que me entró por el cuerpo.

—¿¿Quién coño está ahí contigo??

—Nadie, mi amor. Es la tele, que tenía puesta una película —me respondió, agarrando rápidamente de la mesilla de noche un mando a distancia.

Con la poca luz que proyectaban en la habitación las lamparitas del cabecero no pude ver mucho, solo que se giró. Por unos instantes, la pantalla de mi móvil se quedó en blanco, como si Mateo estuviese enfocando a una pared con el suyo.

Cuando volví a verle la cara, parecía más relajado, pero esta que habla tenía ya a esas alturas un rebote de dos pares de narices. Como para no. ¿Me estaba poniendo los cuernos mi prometido? ¿Era posible?

El remate fue que me dijera que se estaba quedando sin batería y que tenía que colgar. Su promesa de llamarme más tarde ya no me sirvió de nada. Demasiadas excusas juntas en apenas un par de minutos o tres hablando.

Fui yo quien le colgó sin ni siquiera despedirse y llamé a Pili, mi sempiterno pañuelo de lágrimas, más cabreada que un mico.

—¿Qué dices, chiquilla? ¿Eso cómo va a ser? Mateo te adora y no es un tío de esos, bueno, o eso me parece a mí.

—Mira, Pili, estoy muy jodida, ¿vale? Yo ya no pongo por nadie mi mano en candela.

—Tiene que haber una explicación, niña. Escúchame, relájate, prepara algo de ropa y mañana te me vas para Madrid. Ya verás que todo está bien.

Después de un buen rato hablando con ella, me di una ducha bien caliente y me acosté, pero no había dios que me durmiera. Con el despertador del móvil programado para las 7 de la mañana, pensé que me daría la hora sin pegar ojo. Mi intención era caer a eso de las doce por la capital, más o menos cuando Mateo *and company* ya andarían libres para almorzar.

Y no, no me traía cuenta ir a visitar a mi tía Aurora y los suyos. Cierto que estaba muy unida a ella y a mis primas, y que cada vez que caía por la capital buscaba hueco para visitarles, pero en esa ocasión tenía el tiempo medido con cuentagotas. Lo dejaría para otra vez que subiese por más días.

No sé qué horas serían cuando el sueño por fin me venció, lo que sí puedo garantizar era que no sabía ni dónde estaba en el momento en que la alarma me devolvió al mundo de los vivos. Me vestí y me eché al buche un café negro y un par de magdalenas rellenas de chocolate, aprovechando que no me veía el quisquilloso de mi novio, que me iba a matar de inanición.

Los trescientos y pico kilómetros que me separaban del foro se me hicieron eternos. Por no perder tiempo por el camino parando a tomar café, me había preparado en casa mientras desayunaba un termo del que fui dando largos sorbos durante el trayecto. Me faltaba todavía una media hora para llegar cuando me entró la “Llamada de Pilar compañera”, muy moderno mi coche.

—¿Qué tal, niña? ¿Ya llegaste?

—No, pero casi.

—¿Más tranquila?

—Así asao, para qué te voy a engañar.

—Tranquilízate, Débora. Ya te dije anoche que seguro que todo tiene una buena explicación.

—Eso espero, porque si no, te juro por mi madre de mi alma que lo cuelgo por los huevos en la azotea de la torre Picasso.

—¡Qué bestia! —Pili se partía con mi ocurrencia.

—Todo lo que tú quieras. Ya sabes que a las buenas soy la mejor, pero a las malas también. Pues solo me faltaba a mí eso, un par de pitones por diadema. ¡No me fastidies!

—Jo, no digas eso, compi. No adelantemos acontecimientos, que yo tampoco quería ponerte más nerviosa, al contrario.

—Lo sé, cariño.

—Venga, no quiero distraerte. Tú sigue tranquila y ya me contarás cuando tengas ocasión.

—Descuida. Y gracias por llamar, guapa.

—Pero qué tontita eres, muchacha. Sabes que te quiero mogollón y que, si te he llamado, es porque me preocupo por ti.

—Lo sé. Yo también te quiero mucho, compañera.

Lo peor de Madrid es el caos del tráfico y la velocidad vertiginosa a la que conduce todo el mundo. Eso es algo a lo que nunca me acostumbraré. Con los nervios, a punto estuve de darme un golpe en un semáforo, cuando el conductor que iba delante de mí frenó bruscamente.

El colmo fue ya intentar aparcar por las inmediaciones de aquel famoso hotel en que se hospedaba mi chico. Después de dar mil vueltas sin éxito por la zona, me resigné a meter mi Peugeot en un parking público de esos que te cuestan un ojo y medio de la cara, pero bueno... ¡qué remedio!

—Buenos días —dije al alcanzar el mostrador a la recepcionista de aquel elegante hotel—. Voy a la habitación a nombre de Mateo Colmenar Martínez.

—Buenos días. Un segundo, por favor.

La mujer se volvió hacia la pantalla del ordenador y anduvo ahí tecleando antes de volver a dirigirse a mí.

—¿Me deja su DNI, por favor?

—Claro.

Saqué mi cartera tan decidida yo, pero se me cayeron los palos del sombrero de repente al ver que no lo tenía en su compartimento. Eché una rápida visual al bolso con poca esperanza de encontrarlo por ahí caído, y es que menuda soy yo de cuidadosa con estos asuntos. La miré a los ojos.

—No lo encuentro.

—No sé preocupe. ¿Pasaporte, un carnet de conducir?

Le tendí mi permiso de conducir, pensando dónde leches habría ido a parar mi documento de identidad. Haciendo memoria sobre el último momento en que lo había sacado, caí en la cuenta. Fijo que me lo había dejado en la gasolinera en que paré un minuto a repostar por el camino, muy cerca ya de Madrid. ¡Maldita sea mi calavera!

—Lo siento, pero no puedo darle la llave de la habitación del señor Mateo.

Se me debió poner cara de gilipollas al escucharla.

—¿Y eso?

—Porque es una habitación doble, pero ya hay dos personas registradas en ella y ninguna es usted.

—Debe haber un error. ¿Está segura?

La mujer me miró de mala gana, como ofendida.

—Segurísima, señora.

—Pero ¿quién es? ¿Otro hombre? ¿Una mujer? —En un gesto involuntario me eché una mano a la cabeza. Pensé que las puntas de los cuernos empezaban a asomárseme por el cuero cabelludo y temía que se me notaran. Las banderillas me las puso ya la recepcionista cuando volvió a abrir la boca.

—Perdóneme usted, pero no puedo facilitarle esa información. Es confidencial.

Me entraron ganas de pagar el pato de lo que ya tenía encima con aquella mujer, sobre todo porque advertí una leve sonrisa burlona en su rostro al pronunciar esas palabras. Maldiciendo para mis adentros a Mateo y a su casta al completo, agarré mi maletín y tiré para la calle sin decir ya ni media.

Tenía ganas de darme un chocazo contra la pared y reventarme la tapa de los sesos, pero no era plan, con uniformado conserje allí en la puerta. Histérica perdida, crucé la acera y me metí en un bar para tomarme otro café y entrar al baño de paso, dispuesta a montar el pitote al susodicho.

¿Ese era el mismo tipo al que le habían asignado finalmente una habitación doble para él solito? ¿Ese era el que ponía una peli en la tele mientras se duchaba?

Ese era el que se iba a enterar, por mi madre de mi alma que ese se iba a enterar de lo que valía un peine...

## Capítulo 7



Cansada, indocumentada y mala de los nervios, como dice la Martirio en las Sevillanas de los bloques. Así estaba yo a la espera de que Mateo me respondiera al wasap que le envié, sentada en un taburete sobre la barra de aquella cafetería.

Le había preguntado a qué hora terminaba, simple y llanamente. Como es natural, el recuerdo de John acudió con más fuerza a mi pensamiento durante aquellos interminables treinta minutos que tardó el otro en dar señales de vida.

Aunque estaba que me subía por las paredes, no quise llamar aún a Pili. Mi queridísima amiga me había dicho que había quedado con Camila y con su gente para tomar el vermut y no me parecía plan amargárselo.

Se me vino también a la cabeza mi traje de novia, ese que con tanta ilusión había diseñado y que con tanto recelo guardaba. Y la emoción de mis padres ante mi inminente enlace, un enlace que hacía aguas.

Por distraerme un poco, abrí el Face para ver qué se cocía por allí. Revisé las últimas publicaciones de mis amigos durante un buen rato y luego me metí en mi propio perfil, masoquista yo, para echar un ojo a nuestras últimas fotos. Eran de un viaje a Sevilla; una escapadita que nos habíamos hecho el mes anterior.

Pero ya se sabe cómo es esto del Face. Cuando me topé con el apartado de “Personas que quizás conoces”, pensé de nuevo en John. ¿Tendría Face él también? Seguro que sí.

Fui pasando con el dedo por encima de las caras que la aplicación me ponía por delante como posibles conocidas, creyendo que tal vez me encontrase con la suya ahí en medio. Al fin y al cabo, aquel atractivo forastero había hecho buenas amistades entre el personal hospitalario. Lo mismo teníamos alguna en común.

Ya había pasado de largo más de una docena de ellas cuando me encontré con el rostro de la indeseable de Melisa. A esa sí que la conocía bien, mal que me pesara. Y dos amigos en común teníamos aquella tipa y yo, según la aplicación. Intrigada, me metí en su perfil y... ¡zasca en todo el hocico! Una de esas personas era Iván, aquel enfermero gay que hacía con todo el mundo. La otra... ¡mi prometido! ¡Santo cielo!, ¿cómo no había visto yo eso antes?

No puedo explicar el veneno que se me metió de golpe en las venas. ¿Mateo amigo de aquella fulana? ¡Agarradme que lo mato!, y es que, de golpe también, recordé lo escuchado entre los tabiques del vestuario del hospital y ya no tuve que preguntarme más.

Así que la señora tenía en mente un viajecillo con un misterioso doctorcito, ¿no? Para mí, se había terminado el juego del “Quién es quién”. Justo en ese momento me entró el wasap de Mateo.

—Hola, amorcito. Pues acabo de terminar. ¿Cómo andas?

—¿Yo? Haciendo el pino de cabeza por aquí por la Gran Vía—le respondí con toda la ironía del mundo.

Emoticonos tronchándose, me envió a continuación. Yo me quedé callada, sopesando la conveniencia de empezar a montarle ya la carajera por teléfono o esperar a tenerle cara a cara.

—Qué guasona eres, cariño.

—Ya te digo. Como que he pensado que, teniendo una cama tan grande para ti solo, sería una pena desperdiciarla, y me he dicho: venga, Débora, vete a darle una sorpresa a tu chico.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente. ¿Qué pasa?, ¿no te ha gustado mi sorpresita o qué? Tú me mandas flores al hospital y yo me presento en Madrid sin papel de regalo ni lazos.

Mateo tardó unos segundos en responderme. Me lo imaginaba cagándose patas abajo por el susto, pero me importaba un pimiento.

—¿Dónde estás exactamente?

—¿Yo? Ya te lo he dicho. En plena Gran Vía, frente por frente a tu hotel, para más señas. Aquí te espero, AMORCITO.

Se lo escribí tal cual, con ese “AMORCITO” en mayúsculas. Japuta yo, que a irónica también soy la primera.

—A ver, reina, tengo poco tiempo. A las cuatro tenemos otra exposición. ¿Por qué no te vienes tú para acá y picoteamos algo? Ando por Cibeles.

—¡Y una leche, voy a ir yo para allá con la maleta! Además, necesito darme una ducha, que estoy toda sudada.

—Cariño, no sé si es buena idea...

—Vaya, ¿y eso por qué? —Mateo debía estar muerto por dentro, tratando de ganar tiempo para encontrar una solución que le sacase del entuerto. Lo que a buen seguro no podía imaginarse es que para entonces ya estaba acorralado por completo y no le iba a salvar ni la caridad. No obstante, yo seguí disimulando mi encabronamiento—. Déjate de tonterías y vente en un taxi. En la puerta del hotel te espero. No me he chupado casi cuatro horas de carretera para que me vengas ahora con excusas.

Me desconecté y guardé el teléfono en el bolso. Mientras le esperaba, me dirigí al parking y dejé mi maleta en el coche con mi sal y mi pimienta, acordándome de que la tipa del mostrador del hotel andaría al acecho. Aquel malnacido no tardó ni un cuarto de hora en aparecer. Su cara era un poema.

—¿Cómo no me has avisado?—me preguntó dándome un abrazo.

—Ya te lo dije, quería darte la sorpresa, pero me da a mí que no te hace mucha ilusión verme por aquí.

—No digas eso, cariño.

Ese cariño ya me estaba dando bastante por culo, hablando mal y pronto.

—¿Tienes la llave de tu habitación?

—Sí, sabes que suelo llevarlas siempre conmigo cuando me hospedo en los hoteles para no tener que andar pidiéndolas en la recepción.

—Pues venga, vamos para adentro.

Me habían entrado las prisas, y es que desde la entrada había visto que la estúpida de la recepcionista se había dado la vuelta y había agarrado las escaleras de la izquierda. Puse la mano en la espalda de Mateo, incitándole a apresurar el paso.

Ya en el ascensor, le noté tenso de narices y pálido como no le había visto en mi vida. Solo él sabría lo que servidora iba a ver entre las paredes de aquel dormitorio de la última planta. Yo lo intuía también y la imagen proyectada por mi cabeza me asqueaba.

Recuerdo que le temblaban las manos metiendo la tarjeta por la ranura de la puerta. En ese momento se volvió hacia mí.

—Cariño, tenemos que hablar, ¿vale?

—Sí, seguramente, pero mejor dentro, ¿no te parece? —le dije más seria que un cuarto de especias y apretando los puños por no sacudirle.

Hasta entonces había podido camuflar más o menos mi ataque de cuernos, pero escuchar aquello de que teníamos que hablar desató la tromba en esta que habla. “*Excusatio non petita, accusatio manifesta*”, según la expresión en latín. Tal cual. Mateo acaba de delatarse él solito, antes de que servidora pudiera poner un pie dentro del dormitorio.

Trató de pasar él primero, pero se lo impedí acelerando el paso y apartándole con violencia. Del primer vistazo ya no me quedó ninguna duda de mi súper cornamenta. El bolígrafo negro con el capuchón dorado que nos había regalado un representante farmacéutico a cada miembro de la plantilla de trauma yacía sobre la cama. Yo llevaba siempre el mío en el bolso.

Un par de copas sobre la mesilla, junto a una botella de vino, me pusieron ya el estoque de aquella corrida. Conste que lo de la corrida no va con segundas, aunque aquel par de mamones debían habérselo pasado a lo grande en ese sentido la noche anterior: el doctorcito y la protagonista de la peli que mi novio tenía puesta mientras hablaba conmigo por videoconferencia. ¡¡Cago en tó!!

Busqué con los ojos el equipaje de mi contrincante, pero no lo vi a simple vista. Sin decir ni *mu*, abrí la puerta del baño. Mateo estaba también más callado que en misa. Allí en el suelo me encontré con la maleta de aquella asquerosa, abierta de par en par.

Si la llego a tener delante de mis ojos en esos momentos, le doy un rancho de hostias que le dejo la cara como la de Falete. El tanga negro dejado caer sobre el toallero me produjo unas náuseas que para qué.

El otro, a mis espaldas, me miraba desde la puerta a través del espejo. Mi primer instinto fue coger aquella prenda, a todas luces usada, y restregársela por el hocico, pero pensé que con eso chico castigo le daría. Al revés. Sentí ganas de vomitar con la idea.

Otra en mi lugar quizás se hubiera dado media vuelta y lo hubiera dejado allí plantado como un mojón en pleno campo sin armar ningún expolio, pero mi leche torera no me permitió actuar con tanto miramiento.

Agarré de la encimera del lavabo su frasco de desodorante y se lo tiré a la cabeza. Le di con ella en mitad de la frente.

—¡¡¡Hijo de puta!!!

—Cariño, óyeme por favor...

—¡¿Cariño?! ¿¿Todavía tienes los santos huevos de llamarme cariño?? —le chillaba a grito pelado.

Se me fue del todo la chaveta. Sin pensarlo dos veces, me quité a la velocidad del rayo uno de mis tacones y me lie con él. Mateo trataba de librarse de los zapatazos con los puños por delante de la cara meneándolos en el aire como los boxeadores, intentando esquivar los golpes, pero a esta loca lo mismo le daba que le daba lo mismo.

En los costados, en los brazos... por todas partes le sacudí taconazos mientras soltaba lo indecible por la boca. En plena batalla sonaron unos golpes en la puerta de la habitación, primero suaves y más fuertes luego.

—Amor, ¿estás ahí? —escuché decir tras ella.

¡La que faltaba en el ring! Corrí a abrirle y ni tiempo tuvo aquella pelandrusca de decir esta

boca es mía. Según abrí, la atrinqué por los pelos sin que pudiese reaccionar y la arrastré para adentro. De película gitana el numerito, oigan.

—¡Estás loca, tía!! —gritaba Melissa intentando soltarse empujándome por el pecho.

Yo a lo mío; cuanto más me empujaba ella, más daño se hacía ella solita por una simple cuestión física, porque aquí la doctora Muñoz la tenía bien agarrada por los mechones y no estaba dispuesta a soltarla hasta meterla en el baño con su Romeo.

—¡Ea! ¡Aquí tienes a tu amor! —Solo me faltó escupirle esa palabra, de puro recochineo.

Le solté también un cachetazo antes de gritarles enfurecida como en mi vida que ya podían seguir dándole al matarile tranquilos, que esta que está aquí se largaba y que no quería volver a ver a ninguno de los dos jamás de los jamases. Ingenua de mí, que con la pelotera olvidé por un instante que los tres trabajábamos en el mismo hospital y que, por tanto, estábamos condenados a seguir viéndonos el careto a diario, nos gustara o no.

Recogí mi zapato del suelo y salí de allí a toda mecha dando un portazo que hizo temblar los tabiques. Corrí hacia el ascensor con él en la mano y me lo puse mientras bajaba. Volví al parking a por mi coche, rabiosa perdida y sin tener muy claro para dónde tirar. Con la cabeza y los brazos echados sobre el volante, rompí a llorar como una niña chica.

No era buena idea conducir en aquellas condiciones con semejante estado de nervios, así que saqué el teléfono del bolso y llamé a Pili para ponerla al corriente de todo.

—Qué hijos de Satanás. Los mato, Pili, los mato —fueron mis primeras palabras entre sollozos.

Conversando con ella, mi compañera del alma solo consiguió tranquilizarme en parte. Incluso bromeó conmigo, diciéndome que todo tenía su lado bueno.

—Mirándolo bien, ya le puedes meter un buen meneo al John sin ningún cargo de conciencia, chula.

—Sí, a saber dónde andará ya. Además, para eso tengo yo el cuerpo ahora, para pensar en meneos —le respondí.

—Ahora y siempre, bonita, ya quisiera yo tener ese tipazo tuyo.

Sin duda, la chavala no sabía qué más decirme para animarme.



## Capítulo 8



Yo sola me fui viniendo arriba sin necesidad de que nadie me dijese nada. Se me cruzó por la mente la idea de llamar a mis tíos y hacerles una visita para echar el resto del día, pero enseguida la descarté, pensando que sería incapaz de ocultar mi disgusto. Tampoco me apetecía tener que empezar a dar explicaciones a nadie de mi ruptura.

Aparte, tendría que quedarme a dormir en su casa y eso tampoco me seducía mucho que digamos. Cansada y todo, decidí que lo mejor sería volver directamente para Madrid. Y sí, posiblemente buscase a John, no para acostarme con él, pero sí para tomar algo y dar una vuelta con él. Con suerte, todavía seguiría por mi tierra. O no. Le había perdido el rastro desde que le diera el alta, imbécil de mí, con su teléfono anotado en mi agenda y todo.

Una haciendo el canelo conteniéndose las ganas mientras otros se lo pasaban pipa a sus espaldas revolcándose por ahí. ¡A la mierda todo! Recé para que aquel americano que estaba de toma pan y moja todavía no hubiera alzado el vuelo.

Estaba loca por llegar, pero ya se sabe que a perro flaco todo se le vuelven pulgas. Cuanta más prisa tengas por algo, peor. En mi caso, mis ansias por llegar se multiplicaron por diez poco antes de alcanzar Despeñaperros, parada en la carretera en mitad de un atasco espantoso.

Un aparatoso choque entre varios vehículos tenía cortado el tráfico. Lo que me faltaba para el canto del duro, vamos. Escuché a lo lejos la sirena de una ambulancia. Miré por el retrovisor y vi a lo lejos las luces del furgón abriéndose paso como podía entre tantos coches colapsando ambos carriles.

Me daba a mí que teníamos para largo, así que agarré el móvil y no le di más vueltas. Le mandé un wasap a John preguntándole cómo le iba y si seguía por tierras españolas. Para chasco, el mensaje no le entraba ni a la de tres.

Harta de mirar el dichoso teléfono, lo guardé justo en el momento en que el tráfico comenzaba a fluir lentamente. Minutos más tarde escuché una notificación. Obvio que podía ser su respuesta o el wasap de cualquier otra persona, pero la verdad es que me puse de los nervios.

Conduciendo, ni se me hubiera ocurrido intentar cogerlo para leerlo. Demasiado prudente una como para andarse con esas. No obstante, aunque estaba a quince minutos ya de mi casa, no pude aguantar más y me desvié del camino metiéndome en una estación de servicio.

¡El wasap era suyo!

—Ohhhh, pequeño duende mío, sigo en tu tierra, ¿dónde te metes?

En la boca del lobo, pensé. Ahí era dónde había permanecido hasta entonces, ciegos mis ojos a lo que se cocía alrededor de mi persona. Le respondí de inmediato.

—¡Niño! ¿Qué andas haciendo? Te invito a cenar dentro de un rato si no tienes planes.

Su respuesta también fue ya instantánea.

—Nada mejor que verte, pero yo también puedo invitarte a vos. John no es un vagabundo,

jajaja.

A mí también me hizo muchísima gracia esa cuña argentina mezclada con su particular español.

—Lo sé, pero a esta dama le apetece pagar hoy la cena —le repliqué acordándome del cuento de La Dama y el vagabundo.

—Tú ganas. ¿Dónde nos vemos? ¿En el hospital? —Añadió al final el emoji del guiño.

—Quita, quita, yo paso a buscarte. ¿Estás en el hostel de mi primo por casualidad?

—Exacto, y bien simpático que es también. Pero tú eres más guapa.

Más emojis, señores. Esta vez, con los ojitos en forma de corazones. Quedé con el seductor galán en recogerle hora y media más tarde para no verme pillada y contar con tiempo suficiente para llegar a casa, darme una buena ducha y acicalarme. Tenía unas ojeras que daba pena verme, pero nada que un buen corrector no pudiera arreglar. En ese sentido, las mujeres lo tenemos mucho más fácil que los hombres.

Aparecí a la hora acordada con puntualidad británica, puntual y como un pincel, que para eso uno sabe sacarse partido cuando quiere. John andaba en la puerta esperándome ya, dándole palique a mi primo. Manuel se sorprendió un tanto al verme, lo noté en su rostro, pero no me preguntó nada. Se limitó a levantar la mano a modo de despedida y punto pelota.

—¿Le habías dicho que vendría a por ti? —pregunté a mi guapísimo acompañante una vez que se montó en el coche.

—No. Solo le he contado que había quedado con la princesa más bonita del reino de Jaén.

Según lo dijo, su rostro se ensombreció por un instante, cosa que me extrañó sobremanera.

—Ey, John, ¿te ocurre algo?

—No, no, estoy bien.

—Bueno, pues me alegro. ¿Te gusta la comida italiana?

—Me encanta.

—No se hable más. Te voy a llevar al mejor restaurante italiano de la zona, que seguro que todavía no lo conoces.

—Pero yo abono la cena.

Él abonaba... ¡Qué fino el americano, jejeje!

—De eso nada, he dicho que invito yo y sanseacabó.

—¿Quién es? No me suena ese santo.

No pude contener la risa. Entendí que, por más y más que avanzara con nuestra lengua, todavía le faltaba mucho por aprender para ponerse al día. Demasiado, y es que nuestro idioma da de sí tela del telón. Entre los refranes, las frases hechas, las conjugaciones de los verbos y demás puntillitas, la cosa es como para volverse majara.

John accedió a que yo pagase la cuenta a condición de invitarme luego a una copa donde se terciase, de modo que aterrizamos en un acogedor pub. Estaría a unos doscientos metros de la pensión de mi primo. Allí fue donde nos dimos nuestro primer beso, algo que estaba cantado.

Entre nosotros había habido una química especial desde que nos conociéramos, la misma que se había paseado por lo alto del mantel durante toda la cena. Sin embargo, por más que trataba de aguantar el tipo por aquello de que me encontraba en la gloria con él, a la una de la mañana estaba ya que no podía ni con mis pestañas, cosa que a John no se le pasó por alto.

—Duende—parecía que ya me había quedado con ese cariñoso apelativo —pareces cansada. Si quieres nos vamos ya a dormir—me ofreció echándome el brazo por lo alto.

Le mire de reojo.

—¿Que nos vayamos a dormir? ¿Tú y yo juntos?

—Qué malapensada eres.

Solté otra carcajada con su palabreja.

—Se dice malpensada. O malpensado.

—Pues eso, malpensada—sonrió—. Tú no eres la única. John también tiene la mala costumbre de dormir por las noches, ¿sabes?

—¿Solo o acompañado?

—A veces acompañado. La mayoría de las noches, solo. Si tú quieres que John duerma solo esta noche, no pasa nada, no se va a enfadar.

Me lie la manta a la cabeza y le dije que no que, si le apetecía, me iba con él a contarle un cuento al borde de la cama para que durmiera como un angelito. Se le pusieron los ojos como platos.

—¿De verdad?

—O de mentira. Tú ya sabes que los cuentos son eso, relatos para niños. De todas maneras, a mí tampoco me apetece dormir sola esta noche.

Y que sea lo que Dios quiera, me dije. Juro por la memoria de mi abuela que aquello no lo tenía previsto en el guion, creo que ya lo dije, pero una no es de piedra, ¡hombre, por favor! Y no era por despecho, quede claro eso también. Tener la oportunidad de saborear aquel cuerpo era una tentación irresistible para cualquier mujer, o cualquier hombre como el cachondo mental de Iván. Ese habría vendido su alma al diablo por estar en mi pellejo en aquellos momentos.

Ahora bien, lo que no me apetecía era caer en el hostel de mi primo para no dar que hablar. Ni en mi casa. Eso sí que lo tenía más claro que el agua. El olor de Mateo impregnado en las sábanas me iba a cortar el rollo de un plumazo.

Eso o su foto en lo alto de la cómoda del dormitorio, con el birrete de flecos en la cabeza el día de su graduación, ahí *tó* sonriente él, mal rayo lo hiciera pedazos. Solución: largarnos por ahí a consumir nuestra fechoría en cualquier hotel de la ciudad.

Hablando de fechorías; fiel a mis principios, yo no había probado ni gota de alcohol, pero tenía la risa floja. Fíjate tú que la tontería empezó porque me dio por acordarme ya en el coche de aquella vieja canción del Chiquito de la Calzada y yo sola me partía la caja. Cuidadín, cuidadín...

*“No me importa que me digan que hago menos guarreridas que la mona de Tarzán o que soy un mariquita, lo que se da no se quita, Santa Rita, Rita, jarrrrr!”*

Pues eso que, a mí, como al Lucas Grijanderrr, tampoco me iba a quitar nadie el lujo de pasar una noche loca con aquel portento de cabellos rubios y ojos azul cielo. Más contento que unas castañuelas que iba él a mi vera, acoplado en el asiento del copiloto.

Enfilé hacia las afueras, rumbo a un hotel del que había escuchado hablar muy bien pero que no conocía ni siquiera en fotos. La guasa es que allí no quedaba ninguna habitación doble libre aquella noche, según el hombre que nos atendió. Eché un vistazo al reloj. Demasiado tarde para andar dando más vueltas por ahí.

—No importa. Denos una individual, se la pagaremos como una doble. Estamos cansados del viaje—la innecesaria excusa salió sola de mi boca.

El hombre me miró como diciendo: “Allá os las apañéis”. John sacó su cartera del bolsillo y yo, al ir a echar mano de la mía para identificarme, me acordé de lo del DNI. Me había olvidado por completo de aquel asunto.

Y de aquel asunto y del mundo mundial entero me olvidé también nada más cruzar la puerta del dormitorio que nos dieron; pequeño pero precioso, con una cama no tan chica como supuse. Sería

de esas de metro y algo de ancho.

Según entramos, mi súper bombón me cogió en brazos dándome vueltas por los aires, besándome como si el mundo se fuera a acabar o como si esta que está aquí fuera a escapársele.

De eso nada, monada. Me dejé llevar por su furiosa lengua, recorriendo con la mía todos los rincones de su boca. Nerviosos, mis dedos hurgaban entre los rubios cabellos de su nuca. Con mis piernas rodeando su cintura, sentía cómo aumentaba a marchas forzadas la dureza de su miembro por debajo de los vaqueros. Yo también estaba excitada a más no poder y notaba que la humedad ya empezaba a traspasar mi minúsculo tanguita.

Sin soltarme, aquella bestia parda se las apañó para quitarse el cinturón con una sola mano y me empotró contra la pared. Tal como suena. Me apartó el tanga y me penetró con furia.

—Me pones a mil, duende, me pones a mil —decía entre jadeos.

Yo sí que estaba como una moto, botando sobre aquel pedazo de mango que le había tocado en suerte. Mis gritos al alcanzar el orgasmo debieron escucharse hasta en Sebastopol, que no tengo claro ahora mismo dónde ubicarlo exactamente en el mapa pero que debe estar muy lejos, visto que muchas veces nos referimos a él queriendo decir “en la quinta puñeta” de un modo más fino.

No habían cesado aún mis placenteras contracciones cuando su respiración se aceleró aún más, señal de que mi amante estaba ya al límite. Parece que le estoy escuchando ahora mismo. Casi me revienta el tímpano izquierdo con sus aullidos en mi oreja.

Apagado el fuego de nuestros cuerpos, se hizo un extraño silencio entre nosotros. John salió de mí y me dejó en el suelo. Allí de pie aún, con la espalda contra la pared, sentí el líquido viscoso cayendo por mis muslos.

—Eres muy bonita, duende, muy pero que muy bonita. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Contarme un cuento al borde de la cama para que duerma como un angelito. ¿Cómo lo ves?

—¿El de Hansel y Gretel?

—Preferiría el de La bella y la bestia, si no te importa.

Eso le contesté. Soñadora que es una.

Antes de acostarnos nos dimos una buena ducha en conjunto. Con el agua resbalando por nuestra piel, comenzamos otra vez a besarnos. Como si le hubiese sabido a poco, su miembro viril se puso de nuevo en pie de guerra, así que me di la vuelta obedeciendo en silencio a su llamada y John volvió a penetrarme desde atrás. Me puso una pierna flexionada en el borde de la bañera y se sirvió a su antojo. Aunque suene soez, gocé como una perra, hablando en plata.

Y sé que las comparaciones son odiosas, pero con Mateo no había experimentado nunca nada igual. De acuerdo en que aquel condenado tenía su punto y procuraba hacerme lo más feliz posible mi día a día, pero en este punto debo confesar que en materia de sexo no tenía mucho salero que digamos.

Ya en la cama, abrazada a él, lancé la pregunta del millón.

—Me tienes intrigada. ¿Qué hace un tipo como tú por estas tierras?

—Nada importante, pero ahora no me apetece hablar de nada. Vamos a dormir, duende mío, que es muy tarde ya.

Yo también estaba agotada. El sábado había sido larguito de narices. Ya vería al día siguiente qué hacía con mi vida...

## Capítulo 9



—¿Te he dicho alguna vez que eres muy bonita?

—Mmmm, creo que no.

—Bonita, bonita, bonita, bonita, bonita, bonita...

—¡So! Para, que pareces un loro.

—Este loro tiene un pico esperándote —Sonrió pícaramente.

Sabía perfectamente a qué se refería; un pico que daba gloria, pero no en la cara, sino en la entrepierna. Así se despertó la mañana del domingo, a esos de las once, mi guapo americano.

Volvimos a hacerlo, pero de un modo muy distinto a las dos veces anteriores. John se mostró bastante cariñoso conmigo, acariciando con suavidad cada centímetro de mi piel y besándome con ternura. Al terminar la fogosa sesión matinal me quedé en silencio mirando al techo, pensando en lo curiosa que es esta vida. Qué distinto aquel amanecer respecto al anterior, madre del amor hermoso.

El sábado, con las claras del día, yo tenía un novio con el que convivía y con el que iba a casarme a no tardar mucho. El domingo, este había desaparecido de mi horizonte y yo había amanecido en brazos de otro hombre mucho más guapo, simpático a rabiar y que, para más inri, le daba mil vueltas en la cama. ¡Así, en tiempo récord!

Curioso también lo de no haber vuelto a saber nada de Mateo. Era como si se lo hubiese tragado la tierra; ni un wasap, ni un intento de llamada... Cero. Eso no quería decir que una tuviese motivos para estar relajada ni mucho menos.

Debía enfrentarme a la situación cogiendo al toro por los cuernos, aunque no era precisamente mi ya exnovio quien tenía esos atributos sobre la testa, sino la que suscribe. Todo hubiese sido mucho más sencillo si no viviésemos juntos, pero no era el caso.

Tracé rápidamente un plan en mi cabeza, con lo que me levanté de la cama y me puse en marcha. Cogí el móvil y me encerré con él en el baño para enviarle un único y drástico wasap: “Ni se te ocurra volver por casa antes de las siete de la tarde. A esa hora tendrás todas tus cosas embaladas en el pasillo. Tienes hasta las nueve de la noche (ni un minuto más) para llevártelas a donde te salga del colgajo ese que tienes entre las piernas, de lo contrario, tus calzoncillos, calcetines, batiditos, pesas y demás mierdas saldrán por la ventana. Me importa otra mierda dónde te metas, ese es tu problema. El mío es haber confiado en un cerdo de tu calibre. No admito réplica alguna, o sea, ni se te ocurra contactar conmigo de ningún modo. No quiero volver a verte ni vivo ni muerto. Chao”.

Aunque fui bastante clara y tajante, por si las moscas, le bloqueé por todas partes; llamadas, WhatsApp, Facebook e Instagram. Y si me permití el lujo de ponerle de patitas en la calle así de un plumazo era porque el contrato de alquiler del apartamento en que vivíamos estaba a mi nombre. Yo ya vivía en él cuando nos conocimos, de manera que ahí no había nada que discutir.

Me duché y salí con la toalla enrollada en el cuerpo. John me miró un poco extrañado.

—¿Ya te vas?

—Claro, y tú también. Son las doce menos veinte y tenemos hasta las doce en punto para dejar libre la habitación. Venga, vístete que te llevo donde mi primo Manuel. Bueno... o donde me digas.

—Oh, duende, ¿me vas a dejar solito el domingo? Tú me gustas más que tu primo.

—Ahora tengo unas cuantas cosas que hacer, pero por la tarde podemos vernos si te apetece.

John se llevó la mano a la sien y ladeó la cabeza, como si lo estuviera pensando, solo que en broma.

—Mmmmm, me apetece, me apetece —contestó al cabo de unos segundos.

—Pues venga, ¡danzando! Levántate ya de la cama.

Me agarró de un brazo y tiró de mí hacia sí.

—Yo no me muevo de aquí hasta que me des un beso.

Un beso le di. Y si le dejo, mi cuerpo entero. John parecía insaciable.

Terminé llevándole de vuelta al hostel de Manuel, con la promesa de llamarle por la tarde para volver a vernos. A mí me quedaba una buena tarea por delante con lo de empaquetar todas las pertenencias del asqueroso de mi ex.

Para ser sincera, ya ni me dolía el asunto. Muchos dirán que no le querría yo tanto como para olvidarle tan fácilmente de un día para otro. No se trata de eso. Evidentemente, no me había olvidado del tema, pero su persona me daba asco a esas alturas de la película. Quiero decir que no me dolía haber perdido a tal joyita.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? Me acordé del ramo de flores que me había enviado justo una semana antes al hospital. El primero en su vida. Buen estreno el del florista, sí señor. Por un lado, agasajándome con semejante detalle, por el otro, convirtiéndome en la comidilla de la gente. Suele pasar. Muchos tipos pretenden lavar de ese modo su conciencia cuando te la están pegando. ¡Qué hijo de su madre!

Luego tenía otro problema: aunque él no trabajaba en la misma planta que yo, la otra marrana, sí. Si al uno le tenía odio, a la otra ya ni te cuento, y al día siguiente volveríamos a vernos las caras por los pasillos. Imposible. Al menos tan pronto.

Sobre la marcha se me ocurrió la manera de salir del paso temporalmente hasta que las aguas se asentaran. Después ya se vería. Aunque me daba un poco de apuro por ser domingo, llamé a Laura, mi supervisora, una mujer de cuarenta y tantos años con la que me llevaba genial. Le extrañó mi llamada.

—Débora, ¿qué tal?, ¿te ocurre algo? —me preguntó de entrada.

—No. O sea, sí, pero no es nada grave, tranquila. Necesito hablar contigo, ¿tienes un minuto o te pillo en mal momento?

—No, no te preocupes. Cuéntame qué te pasa.

—Verás, necesito que me hagas un favor, si puedes, claro.

—Tú dirás.

—Quisiera cogermte ya una semana de vacaciones a cuenta del mes de verano, una... o dos.

—¿Ya? ¿Te encuentras bien? ¿Le ha pasado algo a alguien de tu familia?

—No, no es eso, tranquila. Mira, no me siento con fuerzas para aparecer mañana por el hospital, por eso te digo que necesitaría cogermte ya unos días de vacaciones. Sé que es muy precipitado, pero...

—No, mujer, por eso no hay ningún problema. Cuenta con ello, y ahora, si tú me quieres contar

qué te ocurre, lo haces, aunque no tienes ninguna obligación. Tenemos confianza, y si te puedo ayudar en algo más, aquí estoy para lo que necesites.

—Lo sé. Y te lo agradezco muchísimo. Mira, sí, te lo voy a contar porque tarde o temprano te vas a enterar de todas formas, así que prefiero que lo hagas por mí.

—Chiquilla, me estás asustando.

—Pues no te asustes, es tan sencillo como que Mateo me ha dejado por otra. Bueno, no, en realidad he sido yo quien le ha dejado.

La mujer se quedó fría cuando le di los detalles del tema, sobre todo al saber que la causante de aquel cirio era Melisa, una persona con la que nuestra supervisora tampoco comulgaba. Entendió perfectamente que yo quisiera poner tierra de por medio durante una temporadita. A ella la había abandonado el marido por otra tipeja un año atrás y había atravesado una depresión de caballo.

—Lo que yo te digo. Al final, todos iguales. El mejor, colgado de un pino—llegó a decirme en un momento dado.

Yo también me quedé fría al enterarme por su boca que lo del congreso solo había sido una mera excusa de Mateo para quitarse de en medio con su fulanita. Según Laura, ese supuesto congreso no tendría lugar hasta dos semanas más tarde, y no en Madrid, sino en Sevilla.

Tal descubrimiento supuso para mí la gota que colmó el vaso, y es que me dio por pensar que vaya usted a saber cuántas veces me habría puesto el innombrable la misma justificación de parapeto para escaquearse. Se me revolvió el estómago.

Después de colgarle, me lie como una posea a sacar todas las cosas de Mateo de los armarios, incluidos los de cocina. ¡A tomar por c... sus botecitos de quemadores de grasa abdominal, los frascos de proteínas para la musculatura y demás pamplinas! No quería ver ni rastro de él en nuestra casa.

En la terraza también había lo suyo; prendas deportivas, un par de zapatillas de deporte apestosas, una bicicleta de montaña, otra estática y varias mancuernas con discos de todos los tamaños y colores. De mala leche, le di una patada a una de ellas. Salió rodando y fue a estamparse contra un tiesto de barro con geranios. Lo hizo pedazos.

Fui metiéndoselo todo de aquella manera en bolsas de deporte y sacos de esos de la compra. Aun así, hube de bajar a la panadería del barrio para pedir un par de cajas de cartón en que terminar de guardar tantos cachivaches. Después del almuerzo ya lo tenía todo listo. Me había quedado como perro al que le quitan pulgas. Mi casa también, sin un solo retrato de aquel malnacido por ningún rincón ni nada que recordase a él.

Llamé a John y le propuse ir al cine a las seis de la tarde. Le encantó la idea. Por mi parte, también estaba encantada con lo que me estaba sucediendo. Me eché una siestecilla (que me la había ganado) y en cuanto me espabilé me metí en el baño para arreglarme como Dios manda.

Mi rostro se veía mucho más relajado. Unas gotitas de Vispring blanquearon completamente mis ojos y el maquillaje realzó mis pestañas y gruesos labios. No es por nada, pero salí por las puertas como una diosa, con un vestido ajustado que me sentaba como un guante y unos tacones de charol divinos que hasta entonces no había tenido ocasión de estrenar.

John también apareció que daba gusto verlo, con la barba bien afeitada, el pelo engominado y una camisa clara de cuello mao arremangada hasta el codo.

—Oh, lalá. Vivan esas españolas bonitas con duende—Sus palabras al verme sonaron como música celestial en mis oídos.

—Y los estadounidenses con arte—le dije yo.

Pasamos una tarde maravillosa. Al salir del cine nos fuimos a cenar a un restaurante asiático. Tomando el postre le propuse dormir en mi casa, cosa que aceptó gustoso. No me cabía ninguna duda de que a esas horas no quedaría ni un solo bártulo de Mateo en ella.

Ya no me daba ningún repelús meterme con John en mi cama. Había cambiado las sábanas y dejado abiertas de par en par todas las ventanas para ventilar. Incluso había echado un ambientador en spray de lavanda por todas partes para que oliese bien, algo que con el otro nunca podía hacer porque decía que esas cosas eran tóxicas, malas puñalás le dieran.

Si maravillosa había sido nuestra primera noche, la segunda la superó con creces...



## Capítulo 10



Rara sensación la de amanecer un lunes cualquiera, sin ser festivo, sin tener que ir a trabajar. Fue remoloneando todavía con John en la cama cuando se me ocurrió la feliz idea.

—¿Conoces Granada, niño?

—No, pero he visto fotos y también he escuchado por ahí que es un sitio muy bonito.

—Más que eso. Es espectacular y, por cierto, está a tiro de piedra de aquí.

—¿A tiro de piedra?

Otra expresión que se le escapaba a su entendimiento, pobre mío. Se la aclaré, como es natural.

—¿Qué tal si nos hacemos una escapadita tú yo? ¿Cómo lo ves? —le pregunté.

—Muy fantástico.

Tuve que reírme con ese “muy” enfatizando al adjetivo, pero ese desliz lo dejé pasar ya para no resultar muy chocante con mis correcciones.

—Otra cosa, John, ¿a ti que tal se te da lo de esquiar?

—¿Esto?

Me mondé ya de la risa al ver su gesto; con los puños cerrados como agarrando los bastones para deslizarse por la nieve, moviéndolos despacio de arriba abajo.

—Qué golfo eres. Sí, eso.

—Bien, bien, se me da bien. ¿Es que hay nieve en Granada?

—A ver, en esta época del año Sierra Nevada tiene que estar a tope. ¿Qué? ¿Te animas?

—Yo no tengo ropa aquí para esquiar ni nada de eso. Si quieres me voy a Texas a buscarla y vuelvo en cinco minutos.

Guasón que se había levantado el chaval. En cambio, imaginármelo de golpe cogiendo un avión de regreso a su patria me clavó un dardo de fuego en el corazón.

—Noooo. Quieto ahí parado, malandrín. No te preocupes, me lo suponía. Yo tengo para mí y creo que puedo conseguir el equipo completo para ti. Espera un momento que hago una llamada, ya verás que pronto soluciono yo lo de tu equipo.

—Como veas, duende del bosque.

Pues bien, este duende del bosque telefoneó a su prima Candela, otra forofa de las montañas nevadas. Ella y Julián, su chico, no desaprovechaban oportunidad de tirar hacia cualquier estación de esquí. Sabía que aquella no me pondría ninguna pega a la hora de prestarme el mono y demás de su chico. De casualidad, este y el mío venían a tener más o menos la misma complexión; altos y delgados. No me equivoqué lo más mínimo con mi prima.

—Claro, niña, pásate por casa, pero no tardes mucho que tengo que ir a la pelu, porfita.

—Descuida, en un santiamén estoy ahí. Me tomo un café rápido y voy volando para allá.

Dicho y hecho. Tal y como me calculé, a mi particular galán de cine le quedaba el atuendo de Julián que ni pintado, quizás un poco holgado el mono por los hombros, pero bien. Hasta las botas

eran de su mismo número.

Tras darnos una buena ducha, sin más, metimos los bártulos en el maletero y allá que nos fuimos, dispuestos a echar el día por los helados montes de esa ciudad nazarí con tanto encanto y que tantas leyendas guarda.

Hacia una mañana espléndida y, aunque era relativamente temprano cuando llegamos, el aparcamiento ya estaba atestado de coches a esas horas.

—¡Wow! —John miraba asombrado a su alrededor— Sí que hay nieve aquí.

—Ya te lo dije, venga, vamos allá.

Igual de entusiasmado iba mi acompañante en el telesilla. John estaba disfrutando más que un cochino en un charco, agitando las piernas en el aire y canturreándome canciones en inglés de las que yo no entendía ni papa.

—Ahora ten cuidado —le advertí al bajar —, no te vayas a pegar otro piñazo con la emoción y te me descalabres de nuevo, que no tengo yo ganas de volver a ejercer de médico contigo.

Me sonrió.

—¿Tan mal paciente fui?

—Yo no he dicho eso, solo que prefiero mimarte en cualquier cama que no sea de hospital —le guiñé el ojo.

—Pero... ¿para siempre o solo unos días? —me preguntó bromeando, llevándose la mano a la barbilla y alzando una ceja.

Buena pregunta la suya. De hecho, me dejó sin saber qué responderle durante un par de segundos. ¿Hasta dónde podría dar de sí nuestra recién comenzada historia? Por la parte que me toca, hubiera firmado porque no se acabase nunca.

Me sentía muy a gusto en compañía de ese hombre que había aparecido de forma totalmente providencial en mi vida, sin embargo, era consciente de que las relaciones son cosas de dos y que, por tanto, no se trata tan solo de lo que uno quiera. ¡Que me lo digan a mí!

El fantasma de Mateo se había plantado de repente ante mis narices. Una pensando que aquel era el hombre con el que compartiría el resto de su existencia y resulta que en menos que canta un gallo se había ido todo a hacer puñetas. Lo que tenga que ser será, me dije.

—Anda, so brujo —le solté esquivando la pregunta —tira millas.

—¿También vamos a navegar?

John era así. Lo traía de serie. Tenía una agilidad mental alucinante que a mí, muchas veces, hasta me acojonaba. Hacia unas asociaciones increíbles en un pis pas, pese a su incompleto vocabulario español.

Aunque nos lanzamos a la par a la pista sobre los esquíes, pronto me quedé atrás. Aquel adonis se precipitaba a una velocidad vertiginosa por las cuestas con una desenvoltura increíble. La verdad es que todo en él era increíble, para qué callarlo.

En mi afán por no perderle de vista, me puse las pilas y conseguí darle alcance. Anduve ahí un buen rato en paralelo a él, pero en un momento dado perdí el control y salí volando como la piedra de un tirachinas.

No fue lo malo el trastazo sobre el grueso manto de nieve, sino que de milagro no me cayó por lo alto otro esquiador que venía por detrás de mí a toda pastilla. Tuvo que hacer ahí el hombre malabares con sus esquíes para no estrellarse contra servidora y aplastarla como a una cucaracha.

John se meaba de la risa señalándome con un dedo.

—Eso te pasa por hablar. A ver si voy a tener que ser yo ahora el médico—me soltó el muy vacilón.

—Ni de coña. Yo estoy divinamente, ya lo verás.

Me puse en pie y salí pitando como si me hubieran metido un cohete por el culo, manteniendo todo el tiempo el control sin sufrir ya más percances.

Después de no sé cuántas vueltas, bajamos a comer a uno de los restaurantes a pie de pista. En pleno almuerzo recibí una llamada de Pili.

—¿Dónde andas, loquilla?

—Pues mira tú por dónde, estoy en Sierra Nevada con John.

—Jopé, tía, no pierdes el tiempo, no. Ahora en serio, me alegro mucho.

—Dime, ¿pasa algo?

—No, mujer. De haber sabido que andabas por ahí zascandileando, no te habría llamado. Era solo por contarte un chisme, pero no quiero entretenerte, ya hablaremos.

—No, guapa, ahora no me dejes intrigada. Anda, desembucha.

—Nada, que aquí tu prima no ha aparecido hoy por el hospital.

—¿Te refieres a Melisa?

—La misma. ¿A quién si no?

—¿Y eso?

—Al parecer, por lo que me ha soplado Iván, ha llamado diciendo que se había levantado con una gastroenteritis de aúpa. Una trola muy vista ya, como digo yo.

—Por mí que se cague viva todo lo que quiera. Como si echa el estómago por los ojos.

John me miró con cara de pasmo, con los ojos abiertos de par en par. Debía andar alucinando oyéndome. Por contra, Pili se echó a reír con mis “buenos deseos” hacia la susodicha.

—Tú siempre tan tremenda. Bueno, anda, sigue a lo tuyo que ya nos veremos.

—Eso. Tú bien, ¿no?

—Yo de maravilla. A ti no te pregunto si también lo estás porque ya me lo imagino. Disfruta, cariño, que te lo mereces. Un besote.

—Otro para ti.

Dejé el móvil en la mesa y seguí comiéndome mi ensalada.

—¿Quién era? —John parecía también intrigado con la llamada.

—Mi compañera Pili, que quería contarme un cotilleo del hospital.

No me apetecía entrar en detalles del asunto, así que cambié de tercio con total naturalidad.

—Te iba a preguntar, ¿qué te apetece que hagamos ahora cuando terminemos? ¿Nos damos una vuelta en trineo o bajamos a ver Granada?

—Lo que tú digas. Eres tú quien manda.

Ea, mi maromo me dejaba a mí la batuta. Abrí otra vez el móvil y miré la hora.

—Estoy pensando que... ¡las dos cosas!

Allá que nos fuimos a la Hoya de la Mora a montar en trineo como el mismísimo Santa Claus. No es cachondeo, puesto que eso era justamente lo que parecíamos John y yo con nuestros respectivos monos de color rojo, solo que mucho más estilizados.

Cachondísimos nosotros en la foto que le pedimos a una chavala que nos hiciese según nos montamos en aquel armatoste de hierro; él apuntándome con el dedo índice, mirando fijamente a la cámara con los ojos bizcos. Yo con la mano en la frente y con la cabeza volteada hacia el lado contrario, simulando resignación como queriendo dar a entender que estaba hasta el moño de él.

Nos lo pasamos teta también en ese rato. Esta que andaba de improvisadas vacaciones casi se

lo pasó mejor subida en aquel cacharro que sobre los esquíes. No cabía en mí de gozo. Cada minuto a su lado era un auténtico placer, lo malo, como suele suceder en esas circunstancias, es que parecía que el tiempo volaba y, cuando quise darme cuenta, eran ya cerca de las seis de la tarde.

—Hora de volver para el coche, rubio.

Lo mismo debió pensar el resto de la gente, porque el tráfico de bajada estaba tan espesito como la nieve de aquella sierra. Teniendo en cuenta que en nada oscurecería y que teníamos hora y pico de camino de vuelta a Jaén, pensé que poco nos iba a cundir la excursión por la ciudad, salvo que...

Sí señor. Ya puestos, era lo suyo; daríamos por lo menos una vuelta por la catedral y los jardines del Triunfo, después cenaríamos en cualquier parte y luego dormiríamos donde se encartase también, pero me callé mi ocurrencia queriendo darle la sorpresa a John.

De esa manera amaneceríamos en la ciudad embrujada con todo el tiempo del mundo por delante para visitar sus numerosos monumentos a plena luz del día...

## Capítulo 11



No obstante, para monumento ya estaba él, vaya cuerpazo que tenía el querubín aquel que yo me había agenciado... Por esa razón, pasear cogida de su mano suponía que otras chicas me miraran como diciendo aquello de “mira la asquerosa esa, el tío que tiene al lado...”

Me he pasado, me he pasado con lo de asquerosa, pero es que lo de Melisa me había dejado tan mal sabor de boca que iba a tener que tomarme un millón de las exquisiteces aquellas que se vendían en la ciudad de la Alhambra para quitármelo.

John parecía haberse dado cuenta de ello porque no paraba de agasajarme. La noche anterior nos habíamos puesto ciegos a tapas en una de las numerosas taperías de la ciudad y que nos aconsejó una señora a la que le preguntamos por algún sitio aparente.

—Ahí mismo está la tapería de Isidoro, que pone unas tapas que son para perder el norte, os vais a quedar con las patas colgando, chica. No es porque sea mi sobrino, pero vaya manos que tiene el niño.

Eso de que “no es porque sea mi sobrino” me dejó un poco con la mosca detrás de la oreja, pero finalmente tuve que claudicar porque las tapas, efectivamente y tal como nos había indicado la señora, estaban para quitarse el sombrero.

—Entonces nos quedamos una noche más en esta, la ciudad de los brujos—me soltó él mientras estábamos cenando y el buche de cerveza que me estaba tomando casi llega hasta la pared.

—De los brujos no, niño, del embrujo, del embrujo...

—¿Y no es lo mismo?

—Pues no, puede parecer lo mismo, pero no es igual. Embrujar viene a ser algo así como una ejercer una influencia extraordinaria sobre alguien...

—Vale, vale, entonces tú me has embrujado—me comentó sin dilación haciendo que se me saltaran las lágrimas de risa.

Yo no sabía si lo había embrujado, pero mucho me temía que él sí que había ejercido tal acción sobre mí. Vaya si había tapas en aquel lugar y si tenían buena pinta y, sin embargo, ninguna me parecía tan irresistible y apetitosa como John.

Un coqueto hotelito en el centro fue el improvisado testigo de nuestra siguiente noche de amor; todo un derroche de pasión con el que la regamos hasta bien entrada la madrugada.

Bien pensado, aquello no podía ser sano porque el vaquero me quitaba el sueño. Y es que por mucho ejercicio que hiciéramos, que lo hacíamos hasta reventar, no veía la hora de dormir a pierna suelta.

Mi sensación era como si quisiera apurar al máximo cada uno de los segundos que pasaba con él. Lo mismo, lo acaecido con aquellos dos desgraciados me había marcado en el sentido de pensar que todo era efímero y cíclico en la vida, pero ese era un precio demasiado alto que yo no tenía motivo alguno para pagar.

Por la mañana nos dirigimos de nuevo a la zona de la catedral, dado que el día amaneció cien por cien luminoso, y pensamos que sería un gustazo pasear por sus alrededores.

Nuestra pinta de turistas nos delataba y no tardó en acercarse una señora con romero.

—Toma muchacho, romero, que salga lo malo y entre lo bueno.

Él no debió entender ni papa del asunto, pero, dándole las gracias, cogió el romero, lo olió y, tras quedarse prendado de su olor me lo colocó, nada más y nada menos, que detrás de la oreja.

—Chiquillo, que es romero, no un clavel reventón y que esto no es la feria—le indiqué yo muerta de la risa.

—Payo, ha *quedao* *mú* bonita la muchacha, ahora la voluntad—requirió la señora.

Pero no, John no se enteraba de la misa la media y se dispuso a salir andando.

—¿Tú me vas a *jaser* esto a mí, payo? Mira que mal rayo te parta, ¿eh? —La mujer no podía estar más contrariada y él que seguía sin enterarse.

—¿Un rayo?, ¿cómo que me parta un rayo? —Debía estar haciendo sus cábalas en la cabeza mientras yo me dispuse a abrir el monedero.

Una vez le entregué unas monedas a la señora él comprendió la maniobra.

—Yo creí que era un regalo que te hacía—murmuró mientras seguimos andando.

—Sí, claro, por mi bonita cara...

—Justo por eso, por tu bonita cara. —La forma en la que lo dijo hizo sonrosar mis mejillas.

Lo que estábamos viviendo John y yo me fascinaba, porque era una mezcla de pasión desbordada con unos toques de inocencia como aquellos que, si yo los había vivido alguna vez, apenas los recordaba.

Después de la anécdota nos dirigimos a la zona de las Juderías, donde ambos nos recreamos en los coloridos y artesanales escaparates que tanto me gustaban y que, por lo que pude comprobar, también le dejaron hipnotizado.

Me decanté por una lámpara de cristales de colores que me pareció una pasada y que también hizo las delicias de John. Que lo hiciera no fue fruto de la casualidad, pues me la imaginé en el salón de mi casa, regalándonos una tenue luz que amenizara las interminables veladas que, sin duda alguna, nos dispondríamos a vivir allí.

—Es una lámpara preciosa, preciosa, pero ¿a que ella lo es más? —le preguntó al tendero que, con tal de vender, le dio la razón sobre la marcha.

Mientras nos envolvía la lámpara cuidadosamente en una caja nos detuvimos a ver el resto de las maravillas que decoraban aquel local. Me recordó en parte a algunos de los que había recorrido no hacía tanto en el Gran Bazar de Estambul, una ciudad que me apasionaba y que visité en más de una ocasión de la mano de Mateo. Mal rayo lo partiera a ese, como decía la del romero y no a mi chico, que parecía haber salido de una novela, no podía ser más perfecto ni más bonito el jodido.

—La lámpara tiene que pesar un huevo de pato, nos turnamos para llevarla—le comenté a la salida.

—¿Un huevo de pato? —De nuevo le dejé fuera de juego...

—Sí, sí, que pesa un huevo, un montón, hombre.

—Vale, vale, no te preocupes, John es fuerte...

No hacía falta que lo jurara con aquellos brazos que tenía y que me ponían malísima de la muerte solo con verlos.

Después del almuerzo, toda vez que no habíamos soltado la habitación del hotel por lo que pudiera pasar, nos dispusimos a volver por allí para echarnos una siestecita.

—Me está gustando mucho Granada, pero tú más. —Nuevas palabras que me cogían de sopetón y que yo disfrutaba como un regalo magnífico de la vida.

—Pues tú me gustas más que el café y mira que en mí eso ya es decir—le contesté sin pensarlo.

—Nunca me habían comparado con el café, pero está bien. Eso sí, yo no soy Juan Valdez...

No hacía falta que lo jurara, porque aquel rubiales se parecía más a uno de los modelos de anuncios de perfumes con los que la televisión nos bombardea en Navidad que al bigotudo colombiano en cuestión. Es más, ni parecían ser de la misma especie...

—Ya, ya, tú eres más bien, mira no me hagas decirte a lo que te pareces que se me va a calentar el pico y...

—¿A calentar el pico?

—Sí, sí, a calentar el pico y luego me va a dar vergüenza, que se me puede ir la lengua...

—Que se te vaya la lengua no es malo, ¿no?

No, no lo era, a juzgar por el gesto libidinoso que puso y que fue el detonante para que de nuevo se encendieran los fuegos artificiales en una habitación en la que, si las paredes hablaran...

Después de un buen tute en la cama y en la ducha, que también le habíamos cogido el gusto a la versión acuática del asunto, descorrimos las cortinas y comprobamos que estaba lloviendo a mares.

—Si vamos a ir a pasear tendremos que hacerlo en una canoa—me indicó él a quien no debía faltarle arte para que así fuera.

—¿Te imaginas? Se me ocurre algo mejor, tomémonos la tarde de relax, a ver qué tal está mañana el tiempo.

Lo miramos y, para nuestra suerte, aquel era un chaparrón ocasional porque el pronóstico para el día siguiente era impresionantemente bueno.

—Por mí, bien.

Esa era otra de sus virtudes; que todo le parecía bien al muchacho, por lo que pasamos una tarde sensacional acostados, gracias a la amena conversación en la que no faltaron risas, chistes y hasta una extensa sesión de masajes y cosquillas.

Conforme iban transcurriendo las horas comprobé que esa noche sí que iba a caer a plomo porque el cansancio, por muy eufórica que estuviera, ya comenzaba a hacer mella en mí.

No me equivoqué y dormí como una bendita una noche que comenzó de nuevo con un recital amatorio que continuamos por la mañana al despertar.

—Como no nos demos prisa, nos quedamos sin ver la Alhambra—le indiqué y la sonrisa no tardó en aparecer en su rostro.

—¿La Alhambra? Yo quiero ir, esa es otra maravilla igual que tú.

Pues nada, ya lo había dicho el muchacho, y si él opinaba así, ¿quién era yo para contradecirlo?

Salimos temprano y dejamos consignada la maleta en el hotel, que recogeríamos a nuestra vuelta. Si algo teníamos claro es que allí, en Granada, el tiempo se había detenido para nosotros y las prisas no existían.

¿Qué decir de nuestra visita a la Alhambra y a los Jardines del Generalife? Pues que fue mágica, ni más ni menos.

—Yo me he quedado con la baba—me dijo apretándome la mano al salir.

—Será embobado, ¿no?

—Como se diga, con la baba, embobado... No me quiero ir de Granada, ¿sabes? En ella es como si te hubiera encontrado.

Sus palabras me calaron hondo. Por una parte, tampoco yo me quería despedir de sus calles y monumentos por cuanto estos parecían que nos habían ido uniendo en las últimas horas. No obstante, como adultos que éramos, bien sabíamos que nuestra unión tenía más que ver con lo que ambos decidiéramos que con la magia que aquella ciudad repartía por doquier.

—No te preocupes, que yo no me separo de ti ni con agua caliente—añadí decidida, sacándole una sonrisa de oreja a oreja.

Después de afirmar con la cabeza, fue él quien hizo la siguiente propuesta.

—¿Y si nos damos un baño de los árabes?

—¿Un baño árabe? ¡Qué pedazo de idea!

No se me había ocurrido y eso que yo lo tenía como una de esas experiencias que tampoco puedes dejar pasar en un lugar como aquel.

El “baño de los árabes” aludido no nos pudo resultar más gratificante. Nos dirigimos a un hamman árabe en el que lo flipamos, cargando las pilas a tope. Situados a los pies de la Alhambra, en sus aguas podría aventurarme a decir que no solo flotaron nuestros cuerpos, sino también nuestras almas.

Cogimos de la mano, nuestros ojos parecían hacer una promesa que nuestras bocas no acertaban a verbalizar. De repente caí en que, simple y llanamente, y sin encomendarme a Roma ni a Santiago, confiaba a él.

Sé lo que puede parecer, que tras el palo que acababa de llevarme eso podía ser más o menos una temeridad, pero yo no soy persona de hacer pagar a justos por pecadores y tenía claro que John no había de pagar los platos rotos de Mateo.

A media tarde pusimos rumbo a Jaén. Si algo tenía decidido es que no quería pasar la noche sin él. Por raro que pudiera parecer, ya me había hecho a la idea de dormir con él todas las noches y ese era un lujo al que no quería renunciar, ni tenía razón para hacerlo.

Aquella noche John y yo la pasamos de nuevo en mi casa. Llegamos un tanto reventados, pero no por ello renunciamos a nuestro festival amatorio, que volvió a prolongarse más de lo inicialmente esperado. Agarrada a su rubia cabellera concilié, por fin, un reparador sueño.



## Capítulo 12



Me levanté con la sensación de que una nueva vida comenzaba para nosotros. ¿Un tanto loca? Quizás, porque no tenía ni idea de cuáles eran los planes de futuro de John ni cómo podríamos conjugar nuestras vidas, habida cuenta de que él no era de donde Cristo había perdido la boina, sino de muchísimo más allá.

—Oye, niño, tú todavía te quedas un tiempito en Jaén, ¿no? —le pregunté como quien no quiere la cosa, pero temblando como una hoja por la posibilidad de que me dijera que no.

—¿Yo? Sí, me quedo, me quedo, duende del bosque.

Ojalá ese “me quedo” se refiriera a para siempre, pero me pareció un tanto atrevido preguntárselo así a las bravas. Tiempo tendría yo para terminar de camelármelo, que cosas más raras se habían visto y a mí los dos innombrables aquellos no me habían bajado la autoestima ni un poquito.

—Pues si es así, vaya tontería que estés pagando donde mi primo. Que vale que él no cobre ni el oro ni el moro por las habitaciones, pero que es un gasto innecesario. —Le guiñé el ojo y no hizo falta que dijera nada más.

Por supuesto que me había entendido a la perfección. Y por supuesto que él también estaba deseando quedarse en mi casa y no precisamente por razones económicas. De hecho, ya tenía yo la certeza a aquellas alturas de que, a desprendido no había quien le ganase y cada vez que habíamos de pagar en algún lugar se establecía una especie de batalla campal entre los dos.

—¿Me lo dices en serio? —me preguntó clavando aquellos ojazos en los míos.

—Pues claro, hombre, no me seas panoli.

—¿Panoli?

—Tonto, bobo, chaladito... tú ya me entiendes, vamos a desayunar y a recoger tus cosas.

—Pues nada, vamos a por ellas después de desayunar y de...

Sí, de eso mismo, de darnos de nuevo un revolcón que debió escuchar el vecindario entero, en los periódicos íbamos a salir de seguir así.

Mientras él se daba una ducha llamé a mi Pili, con la que me mondé de la risa.

—Así que la reina de corazones se ha dignado volver a esta, nuestra humilde ciudad, y a su entorno...

—Muy graciosa, ¿no tienes nada que contarme?

—Pues mira, no te lo vas a creer, pero por la gloria de Cotón que tenía el teléfono en la mano para llamarte ahora mismo.

—Venga ya...

—Sí, es que no sé ni si te apetece saberlo, pero Camila me acaba de llamar con un buen cotilleo, que ella está de mañana.

—Suéltalo, anda, aunque es verdad que no sé si quiero saberlo o no...

—Pues nada, que dice que la robanovios de Melisa ha entrado esta mañana con los ojos como dos salmonetes de llorar, ¿sabes?

Me tenía que desternillar con sus expresiones, como dos salmonetes decía, o sea que más rojos que dos tomates.

—¿Y eso? No me jodas que al final ni han sido felices ni han comido perdices.

—Pues eso parece, ya puedes reírte todo lo que te dé la gana, guapi.

—Pues mira que no te miento si te digo que me importa ya una mierda, me ha dejado tan planchada el desgraciado que por mí como si se tira de un puente, pero que ni mal le deseo, solo no verlo ni en pintura.

“No verlo ni en pintura” iba a ser un deseo que tuviera que pedirle no a otro duende como yo, en palabras de John, sino a un genio maravilloso de la lámpara, porque nuestro sino iba a ser vernos día sí y día también en el hospital.

—Ya, me imagino, quién lo iba a decir, ¿eh? Nadie apostaba un euro por lo mío con Camila, mientras que lo tuyo con el Mateito parecía de cuento de hadas, y al final parecen haberse cambiado las tornas.

—Sí, besuga, pero eso también es porque a vosotras os va la marcha, que otras ya lo hubieran dejado hace tiempo. Madre mía con la cañita que os dais, es para alucinar.

—Nada, mujer, no exageres. Si esa es la sal de la vida, ¿tú sabes las reconciliaciones tan buenas que tenemos después?

—Calla, calla, que tú eres muy explícita, mejor te pones una cremallerita en la boca, que no me importan un bledo los detalles.

—Pues a mí sí de modo que suéltalo ya, ¿cómo va la cosa con el vaquero? Seguro que es una máquina en la cama.

—No lo sabes tú bien, escaldadita perdida que estoy, pero en la gloria, ¿eh? Qué gran verdad esa de que el amor es ciego; ciego e idiota porque tengo la sensación de haber estado perdiendo el tiempo con Mateo en más de un sentido.

—No, si ya verás tú, al final vamos a tener que coger a la sosa esa en hombros y pasearla por todo Jaén, que te ha hecho un favor.

—Yo creo que sí, y de los grandes...

—Y hablando de grandes, entonces he de suponer que el vaquero tiene...

—Calla y no me seas guarra que te veo venir.

—Mira que eres especialita para tus cosas, hija, qué te cuesta soltar prenda. Por cierto, ¿ya le has contado que va a tener que echarle una poquilla de paciencia a la relación contigo o el plato fuerte te lo estás guardando?

—Anda que no tienes tú guasa. De momento, no se ha quejado de nada, lista, que eres tú muy lista...

—No te jode, porque lleváis un suspiro juntos, pero yo de ti ya le iría advirtiéndole que va a tener que aguantar carros y carretas. —Se echó a reír en plan maléfica.

—La verdad es que no hemos hablado todavía de nada, ni siquiera de lo que me ha pasado con Mateo, es que no tengo ganas.

—Vale, vale, y al fin y al cabo no tiene importancia, ¿tú estás loca o qué te pasa?

—Yo qué sé, no tenía ganas de soltar todo ese mal rollo allí en Granada. Ni ahora que lo pienso, aquí tampoco.

—Listo, pues entonces nada, tú misma... No seas tonta que las relaciones se basan en la confianza y hay que comenzarlas con buen pie, hazme caso.

Me despedí de ella pensando en que algo de razón tendría y en que tarde o temprano debería afrontar una conversación que no me apetecía nada, aunque era necesaria.

John salió de la ducha y me encontró algo más pensativa de lo normal.

—¿Qué te pasa? Te veo un poco rarita.

—Nada, que pensaba en mis cosas.

—Si no estás segura de que John venga aquí lo entiendo perfectamente, no me conoces de nada y puedes pensar que quizás sea, cómo se dice, ¿un hijo de mala madre?

—Qué cosas dices, tú no puedes ser un hijo de mala madre por la sencilla razón de que esos van dejando señales, otra cosa es que una a veces sea idiota y no quiera verlas.

—¿A ti te han hecho daño? —me preguntó cogiéndome la mano.

—Puede que sí, pero no es momento de hablar de eso, es momento de tirar para la pensión a recoger tus cosas. Y así de paso le doy un abrazo a mi primo, que va a alucinar por un tubo con lo nuestro.

De sorpresa no es que le fuera a coger porque Manuel nos había visto salir de allí juntos hacía unos días, pero no sabía yo cómo lo habría digerido o qué habría pensado al respecto.

Llegamos a la pensión y, mientras John subía a la habitación, yo me acerqué a saludarlo y me dispuse a aguantar el tercer grado al que iba a someterme.

—Prima, por mi madre de mi alma que me quedé loco cuando te vi salir con este gachó el otro día de aquí, ¿me puedes decir lo que está pasando? No veas si tenía ganitas de saber.

—Como no eres cotilla ni nada, me imagino. —Le sonreí y le saqué la lengua.

—Mira, no me hagas hablar... No es que sea cotilla, es que aquí se está cocinando un tomate muy gordo y no sé ni quién está al corriente todavía, solo falta que meta yo la pata hasta el cuadrejón.

—Al corriente todavía nadie, porque el cobarde de Mateo no ha abierto el pico, que si no, bien que me hubiera llamado ya mi suegra. Bueno, mi exsuegra, que ahora mi suegra debe ser una que vive en Texas y que yo ni conozco.

—Pues eso que ganas, que las suegras cuanto más lejos, mejor... Pero ¿qué me estás costando? ¿Qué ha pasado, prima?

—Nada, que por lo visto yo me apellidaba Miura y no tenía ni idea. Y Mateo se ha encargado de que lo supiera. Ahora luzco una cornamenta de lujo, ¿de veras que no me la ves? A ver si vamos a tener que ir al oftalmólogo de guardia.

—Mira, y lo dice como si nada, con la boda que tenía preparada la tía. Niña, ¿tú estás bien o te han embrujado o algo?

—Un poco sí que me han embrujado, un brujillo que...

—Ya un brujillo rubio que tiene un arte que para qué, lo que pasa es que yo tengo una cosilla que contarte y no sé si esa te va a hacer tanta gracia.

Las palabras de mi primo me cayeron como un jarro de agua fría, porque yo no estaba yo para más sustos.

—Suéltalo ya, anda, que me están entrando hasta retorcijones de barriga.

—Pues corre para el baño, que te va a hacer falta...

—Primo, arranca ya la moto, por lo que más quieras.

—Pues nada, que ayer vino por aquí una chavalita preguntando por él y me dijo que era su novia. Yo le dije que no podía darle ninguna información por eso de la protección de datos, que ahora te meten una multa de unos pocos de ceros y no levantas cabeza... Pero en el fondo me alegré de no darle norte de él, que me dio mucho coraje pensar que te fuera a fastidiar.

Sentí un calor impresionante y hasta que la garganta se me cerraba. No, no me podía estar sucediendo a mí otra vez, seguro que aquello debía tener una explicación.

—¿Qué dices, primo? Tiene que ser una equivocación, ¿no?

—Para mí que no, pero voy a ir por una bolsa por si tienes que hiperventilar, que te estoy viendo venir. Ozú, uno no gana para sustos. Mira, dejó unas señas, se llama Valentina.

Mi primo se fue, ni corto ni perezoso, a buscar la bolsa, aunque no me iba a encontrar cuando volviera a la recepción. Como Chicho Terremoto, enfilé los escalones, subiéndolos de tres en tres... No, más bien me parecía a la niña del exorcista, solo me faltaba hablar en lenguas muertas, lo que no significa que no pudiera echar muertos, sapos y culebras por la boca.

Irrumpí en la habitación con la fuerza de un ciclón, que cantarían Rocío Jurado, y le di un grito que debió dejarlo sordo.

—¿Quién es Valentina? ¿Es tu novia? Contesta, al final sí que vas a ser un hijo de mala madre y yo la tonta del bote—le grité.

—¿Qué dices, bonita? Por favor, ¿por qué estás tan enfadada?

—¿Te parece poco? Porque por lo visto tienes una novia y estabas más callado que en misa, por eso... Y mientras, bien que le estabas dando al matarile con la idiota de Débora, otro sinvergüenza más que se ríe de mí, ¿o no? ¿O vas a negarme que la tal Valentina ha venido a buscarte porque tiene algo contigo?

—No, eso no puedo negártelo, pero deberías escucharme. Tú estás muy enfadada y así no vas a poder entender nada.

Que no iba a poder entenderlo decía el pedazo de cínico, la rata de cloaca que tenía por delante y que, con toda su pinta de santurrón, era todavía peor que Mateo. Mi ex había tardado un tiempito en ponerme los cuernos, o eso pensaba yo, pero este me había engañado desde el minuto uno y por la puerta grande. Una faena digna de admirar...

## Capítulo 13



El lunes por la mañana llegué al hospital como un zombi. Y no lo digo en sentido figurado, porque hasta Pili me recomendó que me volviera para casa y que me metiera en la cama.

—Hazle caso, que debes tener hasta fiebre, ¿tú has visto el herpes ese que me llevas en el labio? —añadió Camila.

—El que me sale desde que estaba en la carrera cuando se me bajan las defensas. Y ahora las debo tener por los suelos por culpa de los dos degenerados esos con los que me he cruzado en la vida, maldita sea la estampa de ambos...

—Cariño, tú te tienes que sobreponer y olvidarte de los dos o vas a caer mala, lo sabes...

—Yo es que siento que todavía no me he quedado a gusto, tengo una rabia interior que no me deja vivir.

—¿Todavía no te has quedado a gusto? Menuda tunda que les has dado a todos, hija de mi vida, si no has salido en los telediarios de milagro...

—No, no te pases, que el vaquero se ha ido de rositas...

—De rositas porque no acertaste a darle con la bota de caña alta con la que le tiraste, que menos mal que puntería no tienes demasiada; pero si le llegas a clavar un tacón lo tenemos que intervenir de urgencias. Y al otro ni te cuento, que ha venido a trabajar como un Cristo, a ese sí que lo enganchaste bien...

—Y a la otra, y a la otra. —Mi socarrona sonrisa les indicó que al menos estaba disfrutando de pensar la que les había dado a todos.

No, no es que yo fuera por la vida repartiendo mamporros a diestro y siniestro... Puedo prometer y prometo que jamás le había hecho daño ni a una mosca, pero aquellos tres lograron sacar lo peor de mí en cuestión de días.

Todavía no habíamos terminado de desayunar cuando, como si de una aparición se tratara, llegó Mateo. Fue verme y mimetizarse con la pared, es decir, volverse completamente blanco.

Valor no podía negarse que tuviera, eso sí, porque todavía tuvo los santos cojones de acercarse a nuestra mesa. Antes siquiera de que yo abriera la boca, se encontró con las miradas de Bull dog de Pili y Camila, que me dieron miedo hasta a mí. Claro está que él lo sintió por partida doble, ya que mis palabras tampoco lo dejaron indiferente.

—Deby, sé que no quieres hablar conmigo, pero yo estoy seguro de que lo nuestro todavía podría tener una solución, si tú pusieras de tu parte, cariño...

—Una palabra más, poncuernos de las narices, y te juro que te sacan en camilla de esta cafetería. Si te asiste el valor, me vuelves a hablar en lo que te queda de vida con esa lengua bífida y viperina que tienes, que hasta entonces no vas a saber lo que es bueno—repuse.

Lo dije con tal parsimonia, pero sonó con tanta maldad, que las chicas se quedaron boquiabiertas. Los acontecimientos estaban haciendo que la tiquismiquis de Débora diera paso a

una nueva versión; una bastante más asalvajada que lo dejó sin poder articular palabra.

Una vez que se fue, me dio la risa floja.

—Me estás dando miedo...—Pili me miraba y negaba con la cabeza como diciéndome que no me conocía.

—Y hasta a mí. Al final nos vas a dejar en pañales hasta a nosotras, hermanitas de la caridad vamos a parecer a tu lado cuando discutimos. —Camila se había pasado tres pueblos porque lo de ellas también era de traca.

—Es que ya está bien, hombre... Con razón el tío no le ha dicho todavía ni una palabra a sus padres, pero esto lo arreglo yo ahora mismo.

Tras mi vuelta de Granada, yo ya había informado a los míos, pero les pedí el favor de que no interfirieran para nada ni hablaran con mis suegros (de los que se habían hecho amigos) hasta que estos no dieran señales de vida.

No me pude resistir. Cogí el teléfono y llamé a la que había sido mi suegra.

—Débora, hija, cuántos días sin saber de ti, mira que ya te estaba echando de menos, se lo he dicho a mi hijo, que a ver si venís a almorzar un díita de esta semana.

—Perdona por el disgusto que te voy a dar, pero ¿no te ha dicho tu hijo que lo he dejado al pillarlo liado con una fulana? Y no te creas que me he vuelto loca, que tengo pruebas, liado, pero liado...

La mujer se quedó muda antes de romper a llorar. Sentí de corazón haber sido yo la que le diera la noticia, pero es que no podía con tanta hipocresía. Cuando por fin pudo seguir hablando me tocó consolarla; increíble, pero cierto. Y lo hice por el cariño que le tenía, ya que ella siempre se había portado divinamente conmigo.

Mis amigas me miraban sin dar crédito, dado que aquello sí que comenzaba a ser un tanto surrealista. Incluso tuve que aguantar la risa cuando vi que Melisa entró también en la cafetería y Camila le hizo el gesto de que le iba a cortar el gaznate como se acercara a nosotras.

Huyó despavorida, esa es la verdad... De guion de Álex de la Iglesia empezaba a ser aquello...

Cuando colgué el teléfono me eché a reír y a llorar al mismo tiempo.

—Para alivio de mis penas me dio Dios una tontona, que si la miro se ríe y si la acaricio, llora —recitó Pili y ahí ya las tres reímos con ganas.

Unas risas que, pese a todo, eran incapaces de alegrarme un ápice el corazón... Un corazón que estaba partido en mil pedazos y que yo no veía forma de recomponer. Por mucho que quisiera evitarlo, seguía viendo la sonrisa de John por todos los rincones y seguía extrañando tanto sus bromas que me dolía el alma...

El resto de las horas se me pasaron demasiado lentas. Por mucho que miraba el reloj, sus manecillas parecían haberse parado sin remedio.

Me llamó la atención un wasap de mi primo Manuel.

“Prima, pásate por aquí cuando salgas, anda, que tengo una cosa para ti”.

Como si no lo conociera, el jodido siempre había tenido la habilidad de dar en la tecla cuando se trataba de subirme la moral. Seguro que me había comprado algún libro de los que sabía que me gustaban o había sacado unas entradas para un concierto de esos a los que a veces íbamos juntos. Manuel era todo corazón, como un hermano para mí.

Tuve que sacar fuerzas de flaqueza para ir a verlo al salir del turno. Lo cierto era que no podía ni con mi cuerpo. Aparqué en las inmediaciones de su hostel y hasta me asusté al ver mi reflejo en un escaparate. Joder, si parecía que tenía los pelos de la bruja Avería...

Llegué y me lo encontré metido en agua hasta las rodillas.

—Anda, prima, que creo que estamos gafados los dos. No veas la que se me ha liado con una puñetera cañería que ha reventado.

—Oye, pero que yo no tengo nada que ver con esto, ¿eh? Que yo lo que le deseé al vaquero fue que reventara como un triquitraque, pero él, no tus cañerías. —Le sonreí.

—Anda que vaya dos patas para un banco que estamos hechos. Tampoco creas que fui muy fino con él. Cuando te vi salir como un basilisco subí y le dije que se marchara cagando leches. Tanto coraje le cogí que no quise ni cobrarle con tal de no verle la jeta ni un minuto más...

—Ay, qué tontuelo, tendrías que haberle cobrado una factura que se hubiera cagado...

—Qué va, prima, lo que quería era que se fuera. Si se hubiera detenido a pagarme, lo mismo se va con el premio gordo, con un ojo morado, te lo digo yo...

Qué impulsivos se veía que éramos en mi familia y qué poco lo sabía yo hasta entonces.

—Madre mía, cómo nos las gastamos.

—Sí, pero te digo yo que ese chico tiene valor, porque todavía se ha acercado esta mañana a traerme esto. —Me indicó un sobre que tenía encima del mostrador de la recepción.

—¿Y eso qué mierda es?

—Hombre, a bote pronto, yo diría que es una carta, porque un jamón de pata negra no creo que sea...

No, sobre todo porque aquello no me olía a gloria como hubiera sido el caso de un jamón, aquello me olía a chamusquina...

La cogí con la intención de hacerla pedazos y solo la intervención de mi primo logró que no lo hiciera.

—Alto ahí, fierecilla, que reconozco que yo le dije el otro día que tampoco quería saber nada de lo que saliera de su cochina boca y que tenía ganas de darle un buen puñetazo en todos los hocicos, pero aun así ha vuelto, ¿no crees que deberías leerla?

—No y no...—Negué con la cabeza ignorando aquella otra parte de mí que me decía que le hiciera caso a mi prima.

—No seas cabezona, si no la lees, nunca vas a saber lo que de verdad ha pasado....

Si dicen que la curiosidad mató al gato, yo también debía tener alma gatuna, porque por mucho que quisiera disimularlo me moría por saber lo que ponía en aquellas líneas.

—Bueno, quizás tenga razón, pero yo no quiero leerla, hazlo tú...

Era como, si al negarme a ser yo quien directamente leyera aquellas líneas, me sintiera como algo más digna o menos ultrajada... como si mi orgullo, o lo poco que quedara de él, se mantuviera un poco a salvo.

—Ay, alma de cántaro, ¿qué harías tú sin mí? —Me hizo una caricia en la cara.

—Nada, nada, pero dale...

Mi primo sacó la carta del sobre y he de reconocer que me sorprendió que John no se hubiera explayado precisamente, dado que no era el Quijote. Tampoco, conociéndolo, había razones que me hicieran pensar que él se anduviera con rodeos, al ser una persona de las que solían ir al grano. Y eso hizo en aquellos breves párrafos.

*“Querido duende del bosque,*

*Ya sé que me dijiste que no querías verme ni en la hora de tu muerte (vaya frases que usas), aunque esa la entendí muy bien.*

*Quiero que sepas que todo lo que hemos vivido estos días ha sido lo más bonito que me ha sucedido con una mujer en la vida, y no lo digo por decir; es que así lo siente el corazón de John. Sí, yo te quería decir a la vuelta de Granada algo así como que te regalo mi corazón, pero no me dio tiempo.*

*Me preguntaste quién era Valentina y no supe contestarte bien ni a tiempo. Quizás porque también a mí me habían hecho daño y esas cosas no son fáciles de contar. Ahora quiero hacerlo; Valentina fue la razón de mi accidente, aunque en el fondo deba darle las gracias, porque ese accidente me llevó a conocer a mi duende del bosque.*

*Ella y yo nos hicimos novios por Internet y por eso vine a verla a Jaén. Teníamos muchos planes de futuro y John estaba como loco de contento. Eso sí, el día que llegué la alegría se fue, porque ella me dijo que no tenía las cosas claras y que también acababa de conocer a otra persona.*

*Después de eso tomé más alcohol de la cuenta y ya después no recuerdo nada, salvo tu sonrisa al despertar en el hospital, la más bonita del mundo.*

*No volví a saber de Valentina, pero se ve que por alguna casualidad de la vida, una de tus compañeras del hospital era familia de ella y descubrió lo de mi accidente justo cuando ya me iban a dar el alta. Yo dejé en el hospital las señas del hostel de tu primo y ella, a quien seguramente no le haya salido el juego que traía entre manos, quiso buscarme por si el tonto, ¿cómo se dice? ¿Se tragaba el anzuelo?*

*Me preguntaste si había tenido algo con ella y así era, pero yo quería romper esa relación para siempre, lo que pasa es que no me dio tiempo de explicarme antes de que me tiraras... Bueno tú ya sabes lo que me tiraste...*

*Cariño, yo me voy en dos días para Texas con el corazón roto, como sé que también está el tuyo. ¿Y si nos vemos y me dejas que te lo cure? Y así de paso, curo el mío también. Te prometo que John muere por hacerte feliz y por buscar la forma de que podamos tener un futuro.*

*Tu brujillo.”*



## Capítulo 14



En ese instante era yo la que me había quedado con las patas colgando, como suele decirse.

—*Arsa* y toma, y ahora ¿cómo le ponemos al niño? —me preguntó mi primo.

—Ya, pero esto, ¿no podía habérmelo dicho antes? Fíjate la de problemas que nos hubiéramos ahorrado, porque el quid de la cuestión es que yo ya no me fío ni un pelo de él.

—Vamos por partes, ¿tú sí le habías contado todo lo tuyo con Mateo?

—Yo no...

—Muy bonito, y entonces, ¿qué te hace pensar que él tenía que contarte primero lo suyo con la tal Valentina? Que, por cierto, hasta inquina le estoy cogiendo al nombrecito.

—Yo qué sé, pero supongo que es distinto.

—Sí, claro que es distinto, eso se llama el ancho del embudo, prima, y sabes que no tienes razón. Mira que yo he sido el primero en querer ver al americano en la punta de un cañón por hacerte daño, pero no me parece justo... Si había acabado con la chica, asunto arreglado, no puedes crucificarle por haber tenido vida antes de ti, ¿o es que tú estabas en tu casa haciendo calceta?

La claridad con la que mi primo me expuso la situación supuso para mí una especie de bocanada de oxígeno, por mucho que no las tuviera todas conmigo. Mi problema era que idealizaba un tanto las cosas, y que pensaba que una vez que hubiera aparecido un escollo, ya era como si algo se hubiera roto entre la otra persona y yo.

—Primo, es que yo ya no lo veo... Ya no existe la alegría que teníamos antes, ya es que como si...

—No estás más entortada porque no entrenas, te digo yo que eso se arregla con dos buenos polvazos que os peguéis y santas pascuas. Y después os vais a tomar unos vinillos esta noche y os emborracháis como piojos a la salud de Mateo y Valentina, Otra cosa, se me está ocurriendo que los podéis poner en contacto, así rollo civilizado, para que todos quedéis contentos—ironizó.

—Muy propio eres tú, pero yo no creo que las cosas sean tan fáciles, primo, yo ya no confío en él. ¿Y si todo esto es un camelo? ¿Y si de verdad ha estado jugando a dos bandas y al final la que se traga el anzuelo soy yo? ¿Y si el tío es un pájaro de cuenta y me la vuelve a colar?

—¿Y si te callas de una puñetera vez? Hija mía, que parece que te han dado cuerda. Piensa, Débora, piensa... Que tú nunca has sido tonta y cabeza tienes para pensar.

—¿Me estás llamando cabezona?

—No, si todavía saldré escaldado yo... Mujer que el chico te está ofreciendo un futuro en común y eso no lo hace ningún pájaro que lo que pretenda sea jugar a dos bandas. Hazme caso a mí, que soy un hombre...

Salí de hablar con mi primo con la carta en la mano y con la cabeza como un bombo. Por mucho que intenté sacar algo en claro, me fue imposible.

Dios mío, ¿Qué le había pasado a mi vida? Sin comerlo y sin beberlo, se había trastocado por completo en cuestión de días y yo sentía que la cabeza me iba a estallar.

Me pasé la tarde en casa, sin poder siquiera tener los ojos abiertos... Las palpitaciones que sentía en las sienes se acrecentaban cada vez que sonaba mi móvil... Ni que John pudiera contactar conmigo, anda que no lo había bloqueado yo por todos los medios habidos y por haber.

Pensé en llamar de nuevo a Laura, mi supervisora, y pedirle otra vez algunos días de vacaciones. Después recapacité y caí en que eso sería colarme. Tenía que empezar a dejarme llevar más por la cabeza y menos por el corazón.

Cielos, me había costado Dios y ayuda hacerme con esa plaza en el hospital como para ahora tirarlo todo por la borda por el hecho de que mi corazón sangrara sin remedio. No, era imposible, si algo decidí era que mi trabajo no se podía resentir de aquella o no me lo perdonaría en lo que me quedara de vida.

A la hora de cenar puse un poco la tele porque aquella soledad me estaba matando. Yo no estaba acostumbrada a ella y menos después de vivir unos días tan inolvidables como los de Granada, cuyos recuerdos acudían a mi mente una y otra vez, atormentándome a placer.

Para más inri, me dispuse a ver el programa ese de “First Dates” en el que se concertaban citas para que la gente se conociera. ¿A que me iba a quedar yo para vestir santos? No sé cuántos clínex pude gastar mientras lo vi ni cuántas veces releí la carta del brujillo con la intención de intentar clarificar mi mente, una misión hartó imposible, por lo que yo iba viendo.

A la mañana siguiente, llegué al trabajo prácticamente a rastras. Nada más hacerlo, la primera en la frente, coincidí ya en el aparcamiento con Mateo. ¿Quizás me estaba esperando? Pues lo mismo era masoquista y así era. En cualquier caso, la forma en la que crucé los dedos y el veneno que escupí al pronunciar “*vade retro, Satán*” mientras lo miraba le hicieron desistir de su intención, si es que esta había existido en algún momento.

Vi a Pili y a Camila desternilladas de risa desde la puerta, donde andaban fumándose un pití.

—¿Cuántas veces os tengo que decir que el puñetero cigarrillo os va a matar? Jodida costumbre la que tenéis.

—Mira, déjanos, que nosotras nos mataremos con esto, pero nos da gustillo. En cambio, tú te vas a matar de un berrinche—me contestó Camila, que parecía que se había levantado con el pie izquierdo ese día.

—Déjala que está en uno de esos días—añadió Pili risueña.

—¿Qué estás insinuando? Este es mi carácter y a quien no le guste que arree...

Se avecinaba temporal y yo estaba para todo menos para eso. Cielo santo, si todavía sentía las palpitaciones esas de las sienes y no había podido pegar un ojo...

—Tranquilidad en las masas y en un par de horas os veo en la cafetería, que he de reunir a mi gabinete de crisis—les indiqué con el dedo y seguí andando.

Dos horas después ya ambas me estaban esperando en una mesa con las antenas puestas.

—¿Me podéis ayudar con esto? —Les tendí la carta y vi la sorpresa en sus ojos al leerla.

—¿No es un poco cursi? —preguntó Camila quien no era precisamente demasiado dulce.

—A ver, pues no me he parado a determinar su estilo literario, mujer, más bien me refería a qué demonios hago a partir de ahora.

—Pues yo de ti la tiraba al wáter y me olvidaba del asunto, ya sabes lo que opino de los tíos y de su concepto de la fidelidad.

Pili la miró y resopló, pues nadie mejor que ella para saber que cuando Camila tenía un día así no había manera humana de aguantarla.

—No le hagas ni puñetero caso, a mí me ha parecido una preciosidad.

—Pero una preciosidad, rollo peli de Antena 3 en la que al final todo es mentira y las desgracias llueven del cielo o una preciosidad de que igual tengo posibilidades.

—Mujer, pues de esas últimas, anda que sería yo buena amiga si quisiera meterte en un lío de esos.

—Ya, mi problema es que por una vez estoy con Camila y tampoco me fío ni un pelo de los tíos.

—Pues se te va a agriar el potaje en ese caso, a no ser que te pases a nuestra acera, aunque te advierto que en esta tampoco es oro todo lo que reluce.

—¿Eso lo estás diciendo por mí? —Se veía a la legua que Camila no tenía el día y que allí iba a pagar los platos rotos todo el que abriera el pico.

—Mira, ya me estás poniendo muy calentita, ¿sabes? No lo estaba diciendo por ti, pero ahora que lo dices, un poquito sí. Leñes, ya, que no se puede abrir la boca.

Camila cogió el pescante sin siquiera despedirse, como solía hacer en aquellos casos y me quedé con Pili, que estaba bastante más por la labor de que volviera con John.

—Cariño, yo solo te digo que a ti el vaquero ese se te metió por el ojo desde el mismo día que lo viste. Se va mañana, ¿no? Pues tampoco tienes tanto tiempo para decidirte, yo de ti no me lo pensaba. ¿Sabes?

—Ya...

—Lo que voy a decirte igual te cabrea, pero en el fondo me alegré de que Mateo te pusiera los cuernos.

—¿Qué dices, loca?

—Que sí, bobita, que tú no lo sabes porque a veces las cosas se ven mejor desde fuera, pero que yo nunca te vi mirarlo como mirabas al vaquero, si es que era todo un espectáculo.

Traté de quitarle fuerza a cada una de las palabras de mi amiga, pero en el fondo sabía que no andaba muy desencaminada.

Por la tarde me dispuse a dar un paseo por el centro, pues pensé que, de quedarme en casa, me iba a volver loca de atar. Bastante maldición supondría ya la noche, dado que se avecinaba otra toledana en la que el sueño y yo fuéramos enemigos irreconciliables.

Me acerqué a una farmacia y compré un bote de valeriana. Me tomaría alguna antes de dormir, necesitaba descansar algo y que mis sienas encontraran algo de paz, sentía estar volviéndome loca.

Si digo que me hicieron efecto miento. Imposible que un sedante natural y tan suave me hubiera podido relajar en una noche en la que sentí que debía tomar una de las decisiones más importantes de mi vida.

Cuando el despertador sonó, yo debía llevar apenas un par de horas dormida, por lo que quise morirme. Sin embargo y, en lugar de eso, decidí resucitar...

El tren de John hasta Madrid, desde donde volaría a su tierra, salía en dos horas y yo... Yo debía impedir que lo cogiera.

Lo desbloqueé y puse la mejor de mis voces para que me escuchara contenta y supiera, nada más descolgar, que estaba decidida a creerle. Mi gozo a un pozo cuando el contestador saltó. Intenté enviarle un wasap, pero no entró.

¿Cómo era posible? Me arreglé, pensando que él era más que puntual y que llegaría pronto a la estación, y me dispuse a salir para allá.

—Menos mal que te encuentro, cariño—me dijo mi vecina Susana según abrí la puerta.

—Qué mala cara tienes mujer, ¿qué te ha pasado?

—Mi madre, que se ha caído y para mí que tiene rota la cadera.

—¿Qué me dices? Ve llamando al 112, rápido.

Subí como las balas a su casa y poca duda me quedó, la mujer no paraba de lamentarse y aquello era todo un sainete. Debía tener la cadera rota y bien rota...

—Dime por favor que te vas a quedar con nosotras hasta que llegue la ambulancia.

—Claro, no te preocupes...

Ella que no se preocupara, pero yo estaba preinfartada. A causa de las lluvias torrenciales que volvían a asolar Jaén ese día, la ambulancia tuvo serios problemas para llegar y me quedó apenas media hora de margen para acercarme a la estación.

Cuando por fin dejé a mis vecinas bien atendidas, salí a la calle en espera de un taxi al que había llamado, ya que me pareció la opción más rápida. Ni me di cuenta de que me estaba poniendo como una sopa y vaya, mi arreglo a la porra...

Finalmente, me subí y el taxista, entre mi aspecto en general y el de mis pelos, no debía dar demasiado crédito.

—Me mira así porque tengo los pelos como una rata, ¿a que sí? —le pregunté después de darle las debidas instrucciones.

—No, mujer, que está usted muy guapa—me respondió con cierto cachondeillo.

Llegué sin resuello a la estación y no tardé en ver el tren. Maldita sea, ¿y John? Seguía sin verlo por ninguna parte y su teléfono estaba muerto.

—Perdona—me dijo un chico que volaba con su mochila camino del andén y que me dio tal topetazo que casi vuelo.

—¿Perdona? No te has dado cuenta, pero así no se puede ir por el mundo, no te jode...

Ea, ya se me había ido la lengua... Pues anda que estaba yo como para muchos topetazos...

—¿Débora? —El chico se giró y yo no podía creerme que, con los nervios, no hubiera reconocido ese culito respingón que parecía una obra de arte metido en aquellos vaqueros.

—¿John? ¿Se puede saber por qué has llegado tan tarde? ¿Y a santo de qué tienes apagado el teléfono? Mira que me está entrando una mala leche...

No pude decir nada más porque sus labios sellaron los míos con un beso de película. Tampoco hizo falta porque mi presencia era más que suficiente para indicarle que estaba allí por él y que por él iría hasta al fin del mundo si era necesario, con mis pelos de rata y todo.

## Epílogo



*Un año y medio después...*

Ese tiempo había pasado desde el día del famoso topetazo, un encuentro tras el que mi chico y yo no volvimos a separarnos para nada. Cielos, cuánto había llovido desde entonces y esta vez no lo digo en el sentido literal de la expresión.

Todo lo que ocurrió durante aquella mañana fue una especie de prueba del destino para comprobar hasta qué punto ambos teníamos los nervios de acero. Y a mí no me dio un infarto porque Dios no quiso.

El motivo de que John no tuviera operativo el teléfono no fue otro que aquella mañana se le cayó al wáter, así de simple y llano.

Según me contó mi vaquero, eran tales los nervios que sentía por saber si yo me iba a poner en contacto con él, que entró en el baño móvil en mano y en un descuido, ¡al interior de la taza que fue!

Anda que no me reí nada cuando me contó el asquito con el que lo rescató y que lo llevó volando a la tienda de un chino a ver si aquello tenía arreglo. El hombre, con su mejor intención, lo abrió, lo metió en arroz y hasta le echó viento con un secador... Pero el móvil había pasado a mejor vida y nanai de la China (nunca mejor dicho), como que no resucitaba.

Mientras organizaba todo aquel sarao, el vaquero a puntito estuvo de perder el tren. Con ese piquito de oro que Dios le había dado me comentó que tampoco estaba convencido de cogerlo si no yo no daba señales de vida, pero que fue volando a la estación por si se obraba el milagro y yo estaba allí esperándolo.

Lo cierto es que lo nuestro fue de película y no me refiero solo a aquel encuentro (que también) sino a todo lo que vino después. Desde aquel día, John y yo nos hicimos inseparables y el vaquero que ocupaba ya mi corazón, pasó a ocupar también mi casa.

El asunto era que él aquí no tenía trabajo, pero tampoco es que le hiciera demasiada falta en principio, porque bien pude comprobar que las tierras que tenía en Texas no eran precisamente unos cuantos metros cuadrados de huerto en los que plantar tomates.

En primavera cogí un par de semanas de vacaciones y allí que nos plantamos. Según me contó, sus tierras eran el fruto de una herencia por parte de sus abuelos maternos, que habían fallecido hacía un par de años, por lo que pasaron a sus manos y a las de su hermana Sara.

A diferencia de ella, que estaba encantada de la vida con el legado de sus abuelos, al ser feliz entre el ganado, John me había salido más urbanita y estaba a punto de llegar a un acuerdo con su hermana.

Los pormenores de este los escuché mientras dábamos una vuelta por aquel impresionante rancho, propiedad de mi chico, colindante con el de mi cuñada. Sara le arrendaría el rancho para

explotarlo con su novio, a cambio de una suculenta suma de dinero que le ingresaría mes a mes.

Dicho así, bien se veía que John no necesitaría dar un palo al agua más en su vida, pero él no era un flojo ni mucho menos, por lo que el dinero que percibiría lo iba a reinvertir en un negocio de motos en Jaén, dado que era un apasionado de estas.

En su defensa he de decir que en ningún momento me planteó la posibilidad de que nos fuéramos a vivir a aquellas tierras de ensueño, probablemente porque supiera lo mucho que a mí me había costado obtener mi plaza en el hospital como para soltarla.

De hecho, si algo me enseñó John en aquel tiempo, fue que no solo era desprendido a nivel económico, sino que todo se le hacía poco para verme feliz.

En aras de esa felicidad, y a sabiendas de que en mi día fue un palo gordísimo para mí suspender mi boda con Mateo, me pidió matrimonio precisamente mientras estuvimos en Texas, a los pocos meses del comienzo de lo nuestro.

Allí, entre aquellas tierras que hasta entonces yo solo había visto en la pantalla, le chillé que, por supuesto que quería ser su mujer, pensando que nada en el mundo podría hacerme más feliz. No nos casaríamos ese verano, sino el siguiente, que bien sabía él que yo necesitaba mi tiempo para organizar mis cosas.

Esa era otra. John llevaba mis especialidades como nadie. Y eso que todos me decían en su día que a Mateo había que hacerle poco menos que un monumento por aquello... Pues el vaquero me demostró que todavía podía hacerlo con mayor devoción, cosa que yo le agradecía cada segundo de mi vida.

... Y llegó el gran día, uno en el que el cielo jiennense nos bendijo con una luminosa luz, la misma que ambos deseábamos que alumbrara nuestra vida en común para siempre.

Los gritos de ¡guapa, guapa! se escuchaban altos y claros en la puerta de la Iglesia. Los miré y puse los ojos en blanco; eran mi cuñada Sara y su novio, que no podían ser más divertidos. También mi suegro me hizo una carantoña a mi paso, mientras iba del brazo de mi orgulloso padre.

Mi suegra, cogida del de John, me regaló una preciosa sonrisa al verme... Una sonrisa que, sin embargo, no pudo competir en amplitud con la de mi chico, que temblaba como un flan de los nervios.

No faltaba ninguno de nuestros seres queridos en el día más importante de nuestras vidas, pues también fueron otros los familiares de John que se desplazaron desde Texas, como su abuela Carol, que por suerte sí vivía.

La anciana hizo unas migas extraordinarias también con mi abuela Purificación y ambas bromeaban con que las verdaderas damas de honor de la ceremonia eran ellas.

Pero no. Las damas de honor fueron mi prima Candela, Pili y Camila, esta última un tanto a regañadientes, pues argumentaba que parecía un repollo con su precioso vestido, que yo había diseñado con Gloria, al igual que el mío, de una esplendorosa línea princesa y que causó sensación.

Poco tenía que ver aquel vestido con el que en su día diseñamos para mi boda con Mateo, pues quise que pareciera todo lo opuesto posible, si bien el resultado fue absolutamente maravilloso.

Al salir de la iglesia, donde todos derramamos lágrimas para dar y regalar, me abordó mi amiga Aurita.

—Malandrina, menos mal que al final te casaste, que me quedé loca cuando abortaste misión la otra vez.

—Y dirás que no hice un cambio rápido.

—No se me ocurriría, rápido y veloz vaya, no he visto una cosa igual en mi vida... Como las

balas.

Como las balas de una peli de vaqueros, que esa era la que me parecía estar viviendo mi menda lerenda.

Y todavía quedaba la guinda del pastel; la luna de miel durante la que John y yo recorreríamos la famosa Ruta 66 en moto.

—¿Y a mí no me lleváis? —nos preguntó mi primo Manuel mientras nos daba la enhorabuena a ambos.

—A ti deberíamos hacerte un monumento, primo, que si no es por ti...

—Si no es por mí te comes en su día la carta y no te enteras de lo que el buenazo este te quería decir, cabezona, que eres una cabezona.

—Verdad, primo, qué tiempos aquellos, ¿te acuerdas?

—¿No me voy a acordar? Ni que fueran del antiguo Egipto, prima, qué verdad es que parece más tiempo, pero son dos días y medio. Y qué guapísima estás, condenada...

—Eso se lo debo a Gloria, que tiene unas manos cosiendo...

—Y a John, que no solo es el vestido, también es la carita de felicidad—añadió mi marido.

Sí, mi marido, qué fuerte... Yo me moría por recorrer aquella emblemática ruta con él, ya me veía como la protagonista de una peli de esas americanas en la que pasan cosas extraordinarias y emocionantes durante ella.

—¿Ves? A eso sí que me apuntaba yo—le decía Camila a Pili.

—Pues conmigo no cuentes, que yo para tragar polvo no estoy—le contestó ella con tal contundencia que todos los que la escuchamos, buscándole el doble sentido, nos echamos a reír al unísono.

Fue una preciosa celebración que hicimos al aire libre en un día de verano que jamás olvidaremos... Un día de verano que suponía el pistoletazo oficial de salida a una vida en común que ya había comenzado a fraguarse mucho antes. En realidad, si lo pensábamos detenidamente, lo nuestro comenzó desde la primera vez que, en el hospital y con todo el cuerpo magullado, John y yo posamos nuestra mirada en el otro.

Bailando, cantando, corriendo, llenándonos de trufa las narices... Mil y una fotos nos recuerdan un enlace al que todos los asistentes calificaron de único.

Ni siquiera ninguna de mis especialidades ensombreció un día que estaba llamado a ser glorioso.

Es más, diría yo que la sencillez con la que John sabía llevarme estaba haciendo que yo cada día fuera más normalita, o al menos así me lo parecía.

Sea como fuere, me sentía rematadamente feliz y eso era algo que se detectaba de lejos. La misma felicidad que mostraba un hombre que no dudó en dejar su vida en Texas para establecerse conmigo en Jaén, una tierra de la que ya se declaraba enamorado.

—Enamorado de ella estoy, pero no tanto como de ti, ¿eh? —me dijo esa noche cuando los últimos acordes de la guitarra nos indicaban que la celebración estaba tocando a su fin.

—Ni que yo me entere, vaquero, ni que yo me entere...

Ninguna duda tenía, ya que el corazón de John era muy grande y albergaba amor a raudales, la mayoría del cual estaba destinado a mí. Cuando todos se hubieron ido, nos besamos. La luz de la luna actuó como testigo de un beso que sería uno de los millones que nos daríamos durante nuestra vida de casados...

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. No, que por suerte no es un cuento ni un camelo, es la historia de dos amantes que hicieron la mejor apuesta; la de la felicidad.